633:17

EUGENIO SUÉ, 1804-1857

EL JUDÍO ERRANTE

Drama en ocho actos y doce cuadros

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1914

EL JUDIO ERRANTE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL JUDÍO ERRANTE

DRAMA EN OCHO ACTOS Y DOCE CUADROS

DE

EUGENIO SUÉ

ADAPTACIÓN ORIGINAL DE

ALFREDO PALLARDÓ

Estrenada con extraordinario éxito en el
Teatro Apolo, de Barcelona, durante la temporada de 1913

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Francisca Baudín	*Sra. Puchol.*
Adriana de Cardoville	» *Ferrer.*
Liseta, «La Jibosa»	» *Guitart.*
Blanca	*Srta. Olona.*
Rosa	» *Redondo.*
Cefisa	» *Valero.*
Florina	
Mujer 2.ª	
La princesa de Saint-Dizier	*Sra. Bayona.*
Betsabé	
Catalina	
Rosa Pompón	*Srta. Giró.*
Mujer 1.ª	
Dagoberto	*Sr. Rojas.*
M. Rodín	» *Perelló.*
El abate d'Aigrigny	» *Carnicero.*
Agrícola	» *Delor.*
Padre Gabriel	
El príncipe Djalma	» *Sierra.*
Duerme en cueros	
Morok	» *Castillo.*
M. Tripeau	
Samuel	
Criado	» *Crespo.*
Román	
Peón caminero	
Goliat	» *Bové.*
Secretario del cardenal	
Un hombre del pueblo	
El burgomaestre	» *Martí.*
Mr. Dupont	
Doctor Belenier	
Un escribano	
Un comisario	» *Guilemany.*
Un sacristán	
Un mesonero	» *Ocias.*
Un hostelero	
Un criado	» *Carrasco.*
Otro comisario	

Aldeanos, gendarmes, mujeres del pueblo, etc., etc.

La acción en París, en 1832

ACTO PRIMERO

Escena partida. A la derecha, habitación común de una posada alemana. Puerta grande al fondo y dos lateral derecha. Otra a la izquierda que comunica con una habitación en la que se verá, al fondo, una ventana practicable y una puerta lateral. Mesas, taburetes, etc., en ambos lados.

ESCENA PRIMERA

MOROK y GOLIAT

MOR. ¿Qué traes... buenas o malas noticias de Karl?

GOL. Buenas.

MOR. ¿Los encontraste?

GOL. Ayer, a dos leguas de Witemberg.

MOR. De modo que estás seguro...

GOL. No cabe dudar: las dos jóvenes llevan luto: el caballo es blanco, el viejo viste traje militar y usa largos bigotes. ¡Las mismas señas que me disteis!...

MOR. ¿Y los has dejado?

GOL. Como a una legua de aquí: antes de media hora habrán llegado.

MOR. Y durante el camino, ¿no procuraste entablar conversación con él?

GOL. Una sola vez... pero me recibió tan brutalmente que no me quedaron ganas de intentarlo de nuevo: porque os advierto que ese hombre, a pesar de su bigote cano, es fuer-

te como un roble, y os aconsejo que viváis muy prevenido...

MOR. Bien está; pero es menester que los que van a llegar no te vean aquí; podrían entrar en sospechas.

GOL. ¿Y a dónde queréis que vaya?

MOR. Retírate al camaranchón de la caballeriza; allí esperarás mis órdenes, porque acaso esta noche partas para Leipzig. Vete.

GOL. Señor, acordaos del viejo y desconfiad de él...

MOR. No tengas cuidado: yo desconfío siempre.

GOL. **(Marchándose)** Entonces, buena suerte, mi amo. **(Se va)**

ESCENA II

MOROK. Al poco rato, DAGOBERTO, ROSA y BLANCA, éstas montadas en un caballo blanco. MESONERO, GOLIAT.

MOR. La impaciencia me devora... ¿Se habrá engañado Goliat?... No es posible, no: las señas son exactas. ¡Cuánto tardan! **(Va hacia la puerta.)** ¡Ah!... ¡Por fin!... ¡Ya están aquí!... ¡Ya son míos! **(Se va por la derecha. Al poco rato entran Dagoberto y las niñas.)**

DAGO. ¡Entrad, hijas, entrad! ¡Aquí descansaremos, que bien lo necesitáis!

BLAN. ¡Ah Dagoberto, qué bueno eres!

DAGO. ¿Bueno? ¡Hum! Basta de lisonjeos y pensemos en reparar las fuerzas perdidas. **(Gritando.)** ¡Eh! ¡Mesonero!

MESO. **(Saliendo.)** ¿Quién llama?

DAGO. ¿Tendréis, buen hombre, un lugar donde podamos aposentarnos y pasar la noche?

MESO. Uno me queda. ¡Mirad! ¡ahí! **(Enseña la habitación que forma la otra mitad de la escena.)** Modesto es... pero cuando no hay otro...

DAGO. ¡No está mal! **(A las niñas.)** Tendréis que conformaros: ya oisteis que...

BLAN. Como gustes, Dagoberto.

DAGO. Sea. Aquí nos quedamos. Entre el raso y esta habitación, opto por lo último. (Al mesonero.) ¿Supongo que en esta posada habrá sitio donde acomodar mi caballo?

MESO. Sí: en saliendo a la izquierda, está la cuadra. Venid, yo os conduciré.

DAGO. Vamos allá, pues el pobre Jovial lleva muchos años a cuestas y hoy anduvo sus siete leguas y con doble carga. No le vendrá mal el descanso. ¡Ea, en marcha!

ROSA. ¡Dagoberto, no nos dejes solas!

BLAN. ¡Tengo mucho miedo, Dagoberto!

DAGO. ¡Ah, miedosillas!... ¡cobardonas!... Os asustáis. ¡Pues dejemos ahí nuestro pequeño equipaje y vamos allá todos! (Deja Dagoberto un morral en la mesa de la habitación, cerca de la ventana.) Cuando gustéis. (Cierra con llave la puerta.)

MESO. ¡Vamos! (Se van.)

MOR. (Saldrá observando; después llama.) ¡Goliat! ¡Goliat!

GOL. (Saliendo por el foro.) Señor, ¿qué mandáis?

MOR. ¿Qué hacías?

GOL. Repartir la carne entre las fieras. He dado su ración a Caín y a Judas, y sólo queda un pedazo de vaca que dividir en dos partes, la una para la pantera y la otra para mí: iguales, nada de preferencias; bestia u hombre, a cada boca su carne... Señor, ¿dónde está el machete? (Morok sigue observando hacia el foro.)

MOR. ¿Estabas ahí fuera cuando han llegado los viajeros?

GOL. Sí, señor, y son los que os anuncié. (Pausa.) Pero... ¿y el machete? Las fieras tienen hambre, y por la piel del diablo que yo tengo tanta hambre como ellas y...

MOR. ¡Come! ¿quién te lo impide? Tu cena está lista: tú comes carne cruda. (Le da el machete.)

GOL. ¡Ya! pero yo nunca como sin mis fieras ni ellas sin mí... y la pantera está furiosa.

MOR. A la pantera sobre todo te prohibo que le des de comer.

GOL. ¿A la Muerte? ¿Sabéis lo que decís?

MOR. Sí, a ella menos que a los otros... ya lo has oído, y procura no desobedecerme. (Pausa.) Vete...

GOL. Bueno!... (Vase por la derecha; al poco rato entra Dagoberto por el foro, abre la puerta de su habitación y se pone a lavar en un barreño que trae consigo.)

ESCENA III

DAGOBERTO, MOROK y gente del pueblo

MOR. Veo, camarada, que no tenéis confianza en las lavanderas, o que os habéis propuesto quitarles el trabajo. (Dagoberto no le hace caso. Pausa.) Por vuestro porte, parecéis uno de los viejos soldados del imperio... ¿Sois acaso sordo? ¿Sois mudo? Por Dios vivo, que tenéis muy poco de cortés...

DAGO. No os conozco ni quiero: dejadme en paz.

MOR. Eso no es razón para que rehuséis un vaso de vino del Rhin, y en tanto hablaremos de nuestras campañas, porque también yo he estado en la guerra.

DAGO. No me importa. (Entra gente y se sienta a las mesas.)

MOR. ¿Conque no os importa? ¿Conque no queréis beber un vaso de vino conmigo, en tanto que hablamos de Francia, donde he estado mucho tiempo?... Decididamente, he visto pocas lavanderas tan impolíticas y tan... groseras como vos... ¿Qué contestáis a esto?

DAGO. Nada.

MOR. ¿Nada? pues no puede ser menos... Yo seré más explícito, y os diré que cuando un hombre honrado ofrece un vaso de vino a un extranjero, éste no tiene el derecho de usar

del desprecio y de la insolencia que vos usáis, y merece que se le enseñe a vivir...

DAGO. ¿Conque el derecho? (Conteniéndose.)

MOR. Ya lo sabéis, y si no estuvieseis conforme...

DAGO. ¿Qué haríais?...

MOR. Os dije que también he estado en la guerra... y no han de faltarnos dos sables para que mañana por la mañana, al despuntar el día, podamos ver el color de vuestra sangre, si es que corre sangre por vuestras venas. (Dagoberto conteniéndose apenas.)

DAGO. Es decir que... ¡Bueno! ¡dejadme!

MOR. ¿Que os deje? ¿De manera que esos antiguos soldados de ese bandido de Napoleón no sirven más que para hacer el oficio de lavandera, y son unos cobardes que rehusan batirse?

DAGO. ¡Ah miserable, canalla! (Abalanzándose hacia él, gran confusión, los concurrentes los separan.)

MESO. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? (Saliendo.)

UNO ¡Nada!... ¡querellas!... lo de siempre.

MESON. Os advierto que no quiero escándalos en mi casa.

UNO ¡Fué Morok el que provocó a ese hombre!

MESON. ¿Pero cómo ha sido?

MOR. (Después de reflexionar.) Pues bien... sí... Me ofendió su desprecio y no fuí dueño de mí mismo, pero confieso que he hecho mal. Os pido mil perdones, y ahora vamos a bebernos juntos unas jarras de vino.

DAGO. ¿Beber juntos?... ¿Beber yo con vos?... Aun me quedan muchas jornadas que andar para que me permita hacer gastos inútiles, y yo no acepto convites a los que no puedo corresponder.

MOR. (Acercándose a Dagoberto.) ¿Es que me guardáis rencor todavía?

DAGO. ¿Rencor? Si alguna vez vuelvo a hallarte, cuando esos ángeles no tengan necesidad de mí, te diré dos palabras al oído... (Se va.)

MOR. ¡Ja, ja, ja!

MESON. ¡Ea, chicos! que es tarde ya. No dejará de

venir por aquí el burgomaestre, y no tengo ganas de que me imponga una multa.

ALGUNOS ¡Ea! Pues... ¡buenas noches!...

MOR ¡Es fuerza averiguar! (Se va.)

ESCENA IV

DAGOBERTO, ROSA, BLANCA

DAGO. Venid, hijas mías. Entrad en ese aposento y descansad, pues mañana hemos de seguir nuestro camino y es preciso cobrar fuerzas.

BLAN. Como quieras, Dagoberto. (Entran; cierra la ventana y pone luz sobre la mesa.)

DAGO. Yo, mientras tanto, voy a arreglar la cuenta con el posadero, a echar un pienso a mi buen Jovial y a ultimarlo todo para en cuanto amanezca. ¿Habéis comido algo?

ROSA Sí, Dagoberto; comimos hace un momento con la mujer del posadero.

DAGO. Pues no tengáis miedo, que yo regreso al instante. (Se va.)

ROSA ¡Qué bueno es Dagoberto, y cómo se sacrifica por nosotras!

BLAN. Es verdad, hermana mía.

ROSA ¡Por fin estamos cerca de París!... de esa ciudad de que tanto nos hablaba nuestro protector.

BLAN. ¡Sí! cerca de esa ciudad donde todo el mundo debe ser feliz, puesto que es tan hermosa.

ROSA Pero nosotras, pobres huérfanas, nos hallaremos en ella tan solas...

BLAN. ¿Solas, teniendo a Dagoberto a nuestro lado?... ¿a Dagoberto, que tanto nos ama... ¿qué no hará ese buen anciano para que nos amen los que en ella viven?

ROSA ¡Es verdad! ¡qué desgracia que no seamos ricas, hermana mía!

BLAN. ¡Ricas! ¡oh, ricas! Jamás seremos otra cosa que unas pobres huérfanas.

ROSA Sin embargo, yo tengo esperanzas en esa medalla que guardamos.

BLAN. Dagoberto ha prometido que esta noche nos descubriría el secreto que en ella se encierra y... (Se abre la ventana sin verse a nadie.) ¿Qué es esto? ¡Dios mío! ¡y Dagoberto no está aquí!...

BLAN. ¡Hermana! Escucha, escucha, oigo pasos... ¡Santo Dios! (Entra Dagoberto.)

DAGO. ¿Qué tenéis? ¿A qué viene ese miedo?

ROSA ¡Ah, si supieras!... Hemos oído un rumor que...

DAGO. Os asustó el ruido de mis pasos... ¿eh? ¡Medrosillas! ¡Yo no puedo andar como un muchacho, atendiendo a que traigo mi cama a cuestas, es decir, un jergón, que, como siempre, pondré junto a vuestra puerta para acostarme.

ROSA No, Dagoberto: es que abrieron antes aquella ventana, y al sentir el ruido... (Dagoberto la abre y mira hacia abajo.)

DAGO. El viento sopla con fuerza, y sin duda movería el postigo... Vamos, hijas mías, tranquilizaos; no fué nada.

ROSA Gracias, Dagoberto...

BLAN. Pero... ¿qué tienes? ¡Qué pálido estás!

DAGO. Nada, hijas mías: no tengo nada.

BLAN. Estás demudado... ¿Te ha sucedido algo malo?

DAGO. No... fué vuestro susto el que me alteró... Vamos, hijas mías, acercaos... Como mañana estaremos en París, tengo que hablaros ¡de vuestra madre!

LAS DOS ¿De nuestra madre?

DAGO. Sí, de vuestra santa madre, y como nadie sabe lo que en un día puede ocurrir... ha llegado el momento de revelaros vuestro orígen.

BLAN. ¿Es que temes, acaso...?

DAGO. No, no temo nada, pero... oidme... Vuestro padre, el general Simón, fué el hijo de un artesano, y habiendo sentado plaza de sim-

ple soldado, no llegó sin trabajo y sin gloria a ser general y duque del Imperio.

BLAN. ¿Duque?

ROSA ¡Dagoberto!

DAGO. Sí, hijas mías, duque: y bien merecido lo tenía, pues fué el más valiente de todo el ejército: durante mucho tiempo fuí su compañero de armas, y nos batimos cien veces contra los prusianos, hasta que un día caímos prisioneros; fuímos sorprendidos... ¿y por quien?... por un francés.

LAS DOS ¿Un francés?

DAGO. Sí, un marqués emigrado, coronel al servicio de Rusia, que al detenernos dijo al general: «Rendíos a un compatriota». Pero vuestro padre, con el mayor desprecio, exclamó: «Un francés que se bate contra Francia no es mi compatriota, es un traidor, y yo no me rindo a él...» y herido como estaba se arrastró hasta un granadero ruso y le entregó su sable, diciendo: ¡Me rindo a vos!»

BLAN. ¡Pobre padre mío!

DAGO. Fuímos conducidos a Varsovia: allí, mi general conoció a vuestra madre y se enamoró de ella, pero los padres se opusieron a aquel enlace... Habían ofrecido su mano a otro hombre, y este otro era... el traidor coronel que nos apresó.

ROSA ¡Dagoberto!

DAGO. ¿Qué te sucede?

ROSA ¡Allí... en la ventana! He visto la mano de un hombre. (**Dagoberto llega a la ventana, la abre y mira.**)

DAGO. ¡Tranquilizaos, hijas mías! Es el vendabal, que produce extraños ruidos.

BLAN. Pues bien... sigue.

DAGO. Poco después, en 1814, se concluyó la guerra: el Emperador fué desterrado y volvieron a Francia los Borbones: entonces vuestra madre dijo al general: «Estáis libre; el Emperador es desgraciado, se lo debéis

todo, id en su busca. No sé cuando volveremos a vernos, pero no olvidaré mis juramentos y seré vuestra hasta la muerte.» Mi general partió y yo quedé al lado de vuestra madre. Al poco tiempo la guerra volvió a empezar, el general y el Emperador abandonaron la isla de Elba. Vuestro padre se batió como un león en Ligny y en Champagne, y al ver su heroísmo nombróle el Emperador duque de Ligny y mariscal de Francia.

ROSA ¡Hermana mía!

BLAN. ¡Mariscal de Francia!

DAGO. Sí, hijas mías, duque y mariscal: pero hubo un día de luto, un día funesto para todos nosotros, ¡Waterloo! Perdida toda esperanza, vuestro padre partió para Varsovia en busca de su amada, cuyos padres acababan de morir. ¡Ella era libre! y yo fuí uno de los testigos de su enlace! Vuestro padre vivía feliz, cuando, por efecto de una falsa denuncia fué desterrado a Siberia. Entonces me dijo: «Dagoberto, te confío a mi mujer y a mis hijas...» Murió después la que os había dado el ser, y cumpliendo la promesa hecha por mí a aquella santa nos hallamos hoy camino de París. Esta es la historia de vuestro nacimiento; y ahora, por si alguna desgracia ocurriera que nos obligara a separarnos, no olvidéis la fecha y las señas que contiene esa medalla...: calle de San Francisco, número tres.

BLAN. ¡Sí, Dagoberto! Sí!...

DAGO. ¡Ea! a descansar: vosotras aquí, y yo a mi sitio, junto a la puerta. ¡Adiós, hijas mias!

LAS DOS ¡Adiós! (**Apagan la luz.**)

ESCENA V

Dichos. MOROK, con sigilo en la escena derecha, llevando una linterna. Después GOLIAT

MOR. Nada se oye... todo está en reposo... ¿Has logrado?...

GOL. ¡Saber donde está colocada la alforja de ese hombre para poder más tarde hallarla a tientas! ¡Y no creáis! no ha sido sin peligro, pues esa maldita ventana por poco me descubre... Por fortuna creyeron que era el viento...

MOR. Pues manos a la óbra. No hay tiempo que perder; tu a lo tuyo y a avisar después al burgomaestre: yo a abrir la cuadra del caballo de ese miserable para que lo devore mi pantera.

GOL. Pero señor... ved que os exponéis...

MOR. Calla, imbécil, tengo mi plan... (Se van Goliat por el fondo. Morok por la derecha. Pausa.)

ESCENA VI

GOLIAT, MESONERO, DAGOBERTO, ROSA y BLANCA

GOL. (Desde el exterior, Goliat abre con sigilo la ventana y saca del morral unos objetos.) Ahora chilla cuanto quieras, viejo condenado. (Al poco rato se oye ruido dentro y gritos. Entran en la escena Mesonero medio desnudo.)

MESO. (Llamando.) ¡Eh! ¡Buen hombre! ¡Levantaos si no queréis que ocurra una desgracia!

DAGO. ¿Qué pasa? ¿Quién llama? (Se levanta, enciende la luz y abre.) ¿Qué ocurre?

MESO. Que vuestro caballo está endemoniado: haced el favor de bajar a la cuadra, pues los demás viajeros tienen también derecho al descanso y...

DAGO. Mi buen Jovial... ¿Qué tendrá? (Las niñas se levantan.)

LAS DOS ¿Qué pasa, Dagoberto?

DAGO. Nada, tranquilizaos: ¡El caballo que se habrá soltado!... Nada temáis... (Sale.)

BLAN. Rosa, ¡tengo miedo sin saber por qué!

ROSA ¡Madre, madre mía, no nos abandones! (Caen de rodillas, orando.)

ESCENA VII

DAGOBERTO, MESONERO, BLANCA, ROSA, MOROK, EL BURGOMAESTRE, GOLIAT, gendarmes, hombres, campesinos, etc.

DAGO. (Entra furioso trayendo cogido a Morok.) ¡Villano! Con tu pellejo me responderás de la muerte de mi caballo.

MESO. (Separando a Dagoberto y Morok.) ¡Pero esto es horrible! ¿Exponéis a ese infeliz a ser devorado por las fieras y todavía queréis?... ¿Es así cómo debe conducirse un anciano como vos?

DAGO. Comprendo que he sido demasiado vivo de genio. Pero ese hombre debe responderme de mi caballo... Os hago juez.

MESO. Pues bien: como juez, digo que no soy de vuestra opinión, porque si no hubierais atado mal vuestro rocín no hubiera ocurrido el percance.

DAGO. Pues yo sólo digo que quiero que me den al momento dinero o caballo, pues voy a dejar esta maldita posada.

MOR. ¡Y yo digo que sois vos quien vais a indemnizarme de esta herida que he recibido por culpa vuestra!

DAGO. ¿Que yo?... ¡Canalla!

ESCENA VIII

Dichos, BURGOMAESTRE y gendarmes

BURGO. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa aquí?

MESO. ¡El burgomaestre!

DAGO. ¡Ah! Pues entonces vas a pagar todas tus maldades. ¡Infame!

BURGO. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Quiénes son los culpables?... ¿Cuál el delito?

MESÓ. Que este hombre dejó suelto en la cuadra su caballo y que las fieras de Morok lo han devorado.

BURGO. ¿Qué decís a eso? **(A Dagoberto.)**

DAGO. Que no necesito justificarme, señor burgomaestre, pues en lo sucedido no tengo culpa alguna, y ese caballo era el único medio con que contaba para llegar a París con mis niñas.

BURGO. ¡Ah! ¿Vais a París?... Entonces supongo que tendréis en regla vuestros papeles...

DAGO. ¿Mis papeles? En efecto, y voy a enseñároslos. **(Va a la habitación y busca en el morral.)** ¿Eh? ¿Qué es esto? Aquí debían estar... ¡Aquí! ¡Ah! **(Enfurecido vuelve.)** ¡Me los han robado!

BURGO. ¿Qué decís?

DAGO. ¡Que ayer los tenía y que ya no están en mi cartera!

MOR. Señor burgomaestre, ¿queréis oirme un momento?

BLAN. Dagoberto, tengo miedo de ese hombre.

DAGO. (¿Qué pasará aquí? **(Alto.)** ¿Es de mí de quien acabáis de hablar en voz baja al señor burgomaestre?

MOR. Sí.

DAGO. ¿Por qué no habéis hablado en voz alta? ¿Os pregunto porqué no habéis hablado en voz alta tratándose de mí?

MOR. Porque hay cosas que la vergüenza veda el decirlas públicamente.

DAGO. ¿La vergüenza? Señor burgomaestre: haced

que ese hombre se vaya o no respondo de mí.

BURGO. ¿Cómo? ¿Os atrevéis a darme órdenes?

DAGO. ¡Os digo que le hagáis salir!

ROSA. ¡Cálmate, por Dios, Dagoberto! (Empieza la tormenta.)

BURGO. ¡Miserable vagabundo! ¿Créeis que para engañarme basta con decir que habéis perdido vuestros papeles? Cuando viajáis en compañía de mujerzuelas...

DAGO. ¡Infame! (Quitándole el sombrero.) ¡Abajo el sombrero al hablar de las hijas del mariscal duque de Ligny.

BUR. ¡Gendarmes! (Estos acuden y sujetan a Dagoberto.)

DAGO. ¡Ah! ¡maldición!... (Resistiéndose.)

LAS DOS ¡Dagoberto! ¡Por Dios!

BUR. ¡Sujetad también a esas dos víboras! (A los gendarmes.) Hay calabozos en Leipzig para los revolucionarios franceses y para las chiquillas vagabundas.

LAS DOS. ¡Dagoberto! ¡Padre! ¡Socorro!

DAGO. ¡Ha sido un lazo para impedir nuestra llegada a París!... ¡Ah! ¡Que la maldición de Dios caiga sobre vosotros! (Confusión, lamentos de las dos niñas, etc. Morok entrega una carta a Goliat, que sale a escape por el foro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Despacho modesto. Mesa escritorio con una esfera terrestre encima, en la cual se ven clavadas varias cruccitas blancas. Estante con libros. Papeles encima de la mesa. Puerta al foro y laterales. Cuadros religiosos, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA

MR. RODÍN y EL ABATE, sentados junto a la mesa

ABATE ¿Hay noticias de Dunquerque, Rodín?

ROD. El correo no ha venido aún.

ABATE Estoy inquieto por la salud de mi madre; se halla en la convalecencia, y no estaré tranquilo hasta que reciba noticias de la princesa de Saint-Dizier, las cuales espero tener hoy.

ROD. ¡Dios lo quiera!

ABATE ¿Se ha hecho el extracto de la correspondencia extranjera?

ROD. Aquí está.

ABATE Leedme ese extracto: si hay cartas que contestar, ya os lo indicaré. (**El Abate pasea por la habitación. Rodín toma un legajo voluminoso y dice:**)

ROD. «Don Ramón Olivares acusa desde Cádiz el recibo de la letra número 19; se confor-

mará y negará toda participación en el robo.»

ABATE Bien.

ROD. «El conde Romanoll se encuentra en una situación apurada.»

ABATE Que se le envíe un socorro de cincuenta luises.

ROD. Cartas de los directores referentes a las casas que radican en diferentes países.

ABATE Si no hay nada interesante no vale la pena.

ESCENA II

Los mismos. UN CRIADO

CRIADO Señor. (**Con una bandeja en la que habrá varias cartas.**)

ROD. ¿Qué pasa?

CRIADO El correo.

ROD. Bien está, retiraos. Ninguna de Dunquerque.

ABATE ¿Nada?... (**Dolorosamente.**) ¡Otras treinta y seis horas de inquietud!

ROD. Me parece que si la princesa hubiera tenido alguna mala nueva que comunicaros, os hubiera escrito; probablemente sigue la mejoría.

ABATE ¡Así debe de ser! Con todo, si mañana no recibo noticias me pondré en camino... ¿Esas otras cartas, de dónde son?

ROD. (**Después de mirar el sello.**) ¡Gracias a Dios! (**Con alegría.**) Una es de Charleston, referente al misionero Gabriel. Otra de Batavia, que sin duda dirá algo del príncipe Djalma, y ésta de Leipzig, la cual nos traerá noticias de las hijas del general Simón.

ABATE ¡Bien! guardad esas cartas para después. (**Pausa.**) ¿Habéis terminado el asunto de las medallas?

ROD. Aquí lo tengo.

ABATE Leédmelo, y después añadiremos los informes que de estas cartas se desprendan.

ROD. (Leyendo.) «Hace ciento cincuenta años que una familia francesa protestante se expatrió voluntariamente, previendo la próxima revocación del edicto de Nantes, a fin de sustraerse a las rigurosas y justas decisiones que se habían tomado contra los reformados. Se cree que sólo existen actualmente seis descendientes de esa familia. El fabricante Hardy; las niñas Blanca y Rosa Simón, el príncipe Djalma, Santiago Rennepont, conocido por «Duerme en cueros». La señorita Adriana de Cardoville, hija del conde de Rennepont, duque de Cardoville, y el señor Gabriel Rennepont, agregado a las misiones extranjeras. Cada uno de esos individuos posee, o debe poseer, una medalla que contiene la fecha de trece febrero de mil ochocientos treinta y dos, la cual deben presentar en dicho día en la calle de San Francisco, número tres. La Compañía de Jesús, al aproximarse la fecha de la apertura del testamento, ha conseguido que uno de los individuos de esa familia, Gabriel de Rennepont, ingrese en ella. En el interés de la Compañía está el que, cuando llegue el trece de febrero, no exista ninguno de los individuos de esa familia de herejes, excepto el citado Gabriel, para que pueda la Asociación entrar libremente en posesión de esa suma fabulosa, que permitirá mayor desarrollo en nuestros negocios.»

ABATE ¡Bien!... Leedme ahora las cartas.

ROD. La de Leipzig dice: «Las hijas del general Simón y su guía han sido encarcelados, pues pesa sobre éste la acusación de haber ofendido a un magistrado.

ABATE Seguid. (Contento.)

ROD. Esta es de Batavia. (Lee.) «El anciano rey indio padre de Djalma ha sido muerto en

la última batalla, y su hijo encerrado en una fortaleza de la India.

ABATE — Tampoco éste asistirá el día trece de febrero. Pasad a otra.

ROD. — De Charleston. «Pronto llegará a París el misionero Gabriel de Rennepont, hijo adoptivo de Dagoberto, el soldado guardián de las hijas del general Simón.»

ABATE — Con este soldado conviene andar con tiento, pues podría resultar peligroso. Continuad.

ROD. — Esta comunica que ha ardido la fábrica de monsieur Hardy, y que éste ha perecido entre los escombros. Incluye la cuenta de lo entregado al jefe de la cuadrilla de los Devoradores, que es la que ha llevado a cabo la obra de destrucción.

ABATE — Otro Rennepont fuera de combate.

ROD. — Estas otras son denuncias sin interés.

CRIADO — (Que aparece con cartas.) De la señora princesa de Saint-Dizier.

ABATE — ¡Dadme! Al fin voy a tener noticias de mi madre.

CRIADO — Esta otra es de Italia.

ROD. — ¡Bien, dádmela!

ABATE — ¡Oh, Dios mío! (Después de leer.)

ROD. — ¿Qué ha sucedido?

ABATE — Su convalecencia era engañosa... ha vuelto a caer en un estado desesperado: quiere verme, me llama: no correr a su lado sería un crimen. ¡Dios quiera que llegue a tiempo! (El abate agita una campanilla y aparece el criado.) Poned al instante en una maleta lo indispensable. Procuradme al momento caballos de posta. Es menester que dentro de una hora me ponga en camino. (El criado sale.)

ROD. — Esta carta ha llegado de Roma.

ABATE — Ved lo que es y contestadla.

ROD. — Viene dirigida a vos, y dice así: «Dejad los negocios sin perder un instante y venid».

ABATE — ¿Partir? ¡Es imposible! ¡Sería matar a mi madre...! ¡Sería un parricidio!

ROD. — ¿Qué resolvéis, señor?

ABATE ¡Madre! ¡Madre mía!

CRIADO El carruaje está pronto.

ABATE ¡Ellos me mandan! ¡Imposible verla! ¡Perdóname, madre mía!

ROD. ¿Partís?

ABATE Sí, cuidad de los asuntos: ya lo habéis visto; es preciso ir a Roma. Escribid a la princesa manifestándole la orden de mis superiores. Adiós: hasta mi regreso.

ROD. ¿Qué camino hay que indicar al postillón?

ABATE El de Italia. **(Sale abatido. El criado le sigue.)**

ROD. Ahora yo daré mis noticias a Roma. Escribamos: «Ha partido, pero vaciló al obedecer vuestra orden. Contad conmigo.» **(Llama y aparece un criado.)** Esta carta llegará antes que él. Que le den curso inmediatamente en el gabinete secreto. ¡Es asunto urgente y reservado!

CRIADO Bien, señor. **(Se va.)**

ROD. ¡Mi obra empezó ya, a su regreso hallará ocupado su puesto y habré logrado mi ambicioso deseo.

TELÓN

CUADRO II

Habitación en el castillo de Cardoville. Chimenea encendida a un lado; muebles lujosos, balcón al foro con vistas al mar. Puertas laterales. Al levantarse el telón ruge fuerte tempestad.

ESCENA PRIMERA

MR. DUPONT, CATALINA

CAT. ¡Virgen santa! ¡qué tiempo tan horrible! ¡M. Rodín, cuya llegada nos anuncia para hoy el mayordomo de la señora princesa de Saint-Dizier, ha escogido un día malísimo para su viaje!

DUPON. En verdad que pocas veces he presenciado una tempestad semejante; y si Mr. Rodín no ha visto nunca el mar embravecido, podrá gozar de un sublime espectáculo.

CAT. ¿Qué es lo que puede traer por esta casa a ese señor?

DUPON. El mayordomo de la princesa me encarga le tenga las mayores consideraciones.

CAT. Pues yo creo que debiera venir recomendado de la señorita Adriana, porque desde la muerte de su padre, el señor conde, a ella es a quien pertenece el castillo.

DUPON. Sí, pero la princesa es su tía, y su mayordomo corre con los negocios de la señorita Adriana. ¿Te acuerdas de cuando el señor conde la trajo aquí un verano?

CAT. ¡Que buena era! ¡y que caritativa!

DUPON. Como que un día dió su chal y su vestido a una mendiga y se volvió al castillo poco menos que desnuda.

CAT. ¡Sí! Pero cuentan que en París ha hecho cosas... ¡pero qué cosas!...

DUPON. ¡Eh! ¡Calumnias! ¡sólo calumnias!

CAT. No, amigo mío, no: cuentan que la señorita Adriana no pone nunca los pies en la iglesia, que ha ido a vivir sola a un templo idólatra, ¡y hasta hay quien opina que se emborracha!

DUPON. (**Dando una carcajada.**) ¡Hola! ¿Esas tenemos? ¿Y por quién sabes tú esas cosas?

CAT. Por la señora Grigois, la primera doncella de la princesa.

DUPON. ¡Ah! ¿Esa mosca muerta? Antes era de la piel del diablo y ahora se hace la santurrona, la devota: a tal amo, tal criado: la princesa misma, que ahora es tan rígida, ¡era en otro tiempo... ¿eh? hace quince años!... ¿Te acuerdas de aquel hermoso coronel de húsares?

CAT. ¡Sí, sí! ya recuerdo! ¡Pero eres muy malicioso!

DUPON. ¡Como que digo la verdad! El coronel se

pasaba aquí la vida, y todo el mundo decía que estaba en muy buenas relaciones con la santa princesa de hoy. ¡Oh! ¡aquéllos eran buenos tiempos! Todas las noches había fiesta en el castillo. ¡Y el tal coronel era un pillastre!... (Entra una criada.) ¿Qué ocurre?

CRIADA Acaba de llegar una silla de postas conduciendo a un señor...

DUPON ¿Mr. Rodin? Que pase al momento. ¡Ve, Catalina! ve allá dentro a preparar... (Se va.)

ESCENA II

MR. DUPONT. MR. RODIN

DUPON. ¡Ah! ¿Es a Mr. Rodín a quien tengo el honor de hablar?

ROD. Sí, señor; aquí tenéis la carta del mayordomo de la señora princesa, que lo acredita.

DUPON. Tened la bondad de acercaros a la lumbre mientras tanto; ¡hace un tiempo horrible!... ¿Gustáis tomar alguna cosa?

ROD. Mil gracias.

DUPON. (Después de leer.) Caballero: el señor mayordomo me renueva la recomendación de ponerme enteramente a vuestras órdenes.

ROD. Se reducen a muy poco y no os molestaré por mucho tiempo. Decid: ¿hay aquí un aposento que se llama el cuarto verde?

DUPON. Sí, señor: el que servía de despacho al difunto señor conde-duque de Cardoville.

ROD. Tened la bondad de conducirme a él.

DUPON. Siento no poder complaceros. Después de la muerte del señor conde, depositaron muchos papeles en una cómoda de esa habitación y los curiales se llevaron las llaves a París.

ROD. Hélas aquí. (Enseñándoselas.)

DUPON. (Admirado.) ¡Ah, eso es otra cosa!... y deseáis...

ROD. Que me entreguéis ciertos papeles y una

cajita de madera de sándalo con cerradura de plata.

DUPON. Muchas veces la he visto en el despacho del señor conde.

ROD. Pues id por los papeles y la cajita, y me ahorraréis trabajo.

DUPON. ¡Señor!... Quedad, mientras tanto, con mi esposa. (Llamando.) ¡Catalina!

ESCENA III

Dichos, CATALINA

CAT. ¿Llamabas, Dupont?

DUPON. Sí, te llamaba para que acompañes al enviado del mayordomo de la señora princesa.

CAT. ¡A vuestro servicio!

DUPON. Entre tanto, arreglaré yo unos papeles que debo entregar a Mr. Rodín.

ROD. ¡Cuánta molestia os ocasiono!

DUPON. ¡Ninguna, señor! Es nuestro deber. (Se va, segunda derecha.)

ESCENA IV

CATALINA y RODÍN

ROD. ¡Mi cordial enhorabuena he de hacerla también extensiva a vos, por el celo y cuidado con que administráis este castillo!

CAT. ¡Es deber nuestro!

ROD. Quiera Dios que el nuevo dueño de esta finca lo crea también así...

CAT. (Asustada.) ¿Pensáis, acaso, que van a lanzarnos a la calle?

ROD. ¡Tal vez! Pero he aquí como podéis conservar vuestro puesto: en esta aldea, que se halla igualmente distante de dos parroquias, no hay iglesia. La señora de Saint-Colombe,

la futura dueña de estas posesiones, queriendo elegir uno de los dos ecónomos, deberá necesariamente informarse por vos y por vuestro esposo, pues vivís ya hace tiempo en este país.

CAT. (**Interrumpiendo.**) Y no será difícil hacerlo, pues el cura de Danicourt es el mejor de los hombres.

ROD. Ese es precisamente el que no debe recomendarse.

CAT. ¿Cómo? (**Admirada.**)

ROD. Al contrario; ¡es menester elogiar mucho al señor cura de Ranvill, de la otra parroquia, para decidir a esta buena señora a que le confíe la salvación de su alma!

CAT. ¿Y por qué esta preferencia?

ROD. Porque si lográis que la señora elija el que yo deseo, podéis contar con la administración del castillo; os doy mi palabra de honor, y yo soy hombre que cumple sus promesas.

CAT. Mirad, señor, que lo que me proponéis es una mala acción, pues para ensalzar al uno, tendré que deshonrar al otro.

ROD. ¿Es que me creéis capaz de daros malos consejos cuando por mi boca os habla la princesa de Saint-Dizier? Os he propuesto el medio de conservar vuestro puesto: a vosotros toca el decidiros.

CAT. Señor, os suplico que seáis generoso. Mi marido y yo contamos con esto para vivir; somos ya muy viejos para buscar otro destino. ¡No queráis poner en lucha mi probidad de cuarenta años con el miedo a la miseria, que es tan mala consejera!

ROD. Ya os lo dije: reflexionad... pensadlo... pero... ¡silencio! Ahí viene vuestro marido.

ESCENA V

CATALINA, RODÍN y DUPONT

DUPON. (Saliendo con un rollo de papeles y una cajita.) Aquí está cuanto me habéis pedido.

ROD. ¡En efecto! Aquí está. (Abriendo la caja con una llavecita que traerá consigo.) (¡Esta es la medalla! al fin tenemos otra.)

DUPON. ¿Es cuánto deseabais?

ROD. ¡Sí, buen hombre! (Se oye ruido de cañonazos lejanos.) ¿Pero qué significa esto?

DUPON. ¿Cañonazos? Algún buque que pide socorro. (Se asoma al balcón.) ¡Sí! allí veo dos barcos enteramente desmantelados... Las olas les empujan hacia la costa.

ROD. ¿Y no puede prestárseles socorro?

DUPON. ¡Socorro!... ¡Si llegan a entrar en los arrecifes no hay poder humano que les salve! Desde que empezó el equinoccio, se han perdido varios buques en esta costa.

ROD. ¡Perdido! ¡ah! ¡esto es terrible!

DUPON. Con esta tempestad, pocas esperanzas de salvación les quedan a los tripulantes. Sin embargo, corro hasta las rocas con los criados de la quinta, por si puede salvarse algún desgraciado. (A su mujer.) Añade leña a la chimenea; prepara ropa blanca, vestidos.

ROD. (Hipócrita.) Sería en mí un deber acompañaros, pero mi edad y mis achaques...

DUPON. (A Rodín.) Entrad en aquel aposento; allí encontraréis el botiquín del señor conde. ¡Preparadlo, por favor!...

ROD. Como dispongáis. (Se va.)

DUPON. Ahora, yo, a cumplir con mi deber. (Se va. Pausa larga.)

ESCENA VI

CATALINA; CRIADO.

CAT. ¡Virgen santa! ¡Dios quiera que no suceda una desgracia!... ¡Ya se aproximan al buque!... (Al balcón del foro.) ¡Sí! allí varios hombres luchan con las embravecidas olas!... (Entra el criado.)

CRIADO ¡Señora! ¡señora! ¡ya suben!

ESCENA VII

CATALINA, DUPONT. Después criados, que entrarán a los náufragos RODÍN sale al oir a Dupont.

CAT. (Sale a su encuentro.) Dupont, ¿cuántos... cuántos?...

DUPON. ¡Tres! nada más que tres, pero es de creer que a lo largo de la costa se hayan salvado otros; yo me he adelantado para decirte que hay que preparar ropas de mujer.

ROD. ¡Ah! ¿pero hay una mujer entre los soldados?

DUPON. ¡Dos jóvenes de quince a diez y seis años! ¡Dos niñas hermosísimas!

CAT. ¡Pobrecitas!

DUPON. Y con ellas viene el que les ha salvado la vida. ¡Un sacerdote! ¡Oh! en cuanto a éste, es un héroe.

CAT. ¿Y las niñas?

DUPON. ¡Parecen dos ángeles! Al ir a salvarlas, se encontraron sus manitas cruzadas sobre el pecho, y apretando fuertemente una medalla de metal...

ROD. ¿Una medalla?

DUPON. ¿Os extraña eso, señor?

CAT. Sería, sin duda, una reliquia.

ROD. ¡Ese rasgo de piedad es digno de elogio!

CAT. ¡Ah!... ya están aquí. (Al balcón.) Voy a prepararles camas. (Se va.)

ESCENA VIII

RODÍN, en primer término. MR. DUPONT, en el balcón

ROD. ¡Esa medalla!... ¿Será providencial que ellos mismos se entreguen en mis manos? ¿Huirían de la cárcel de Leipzig, donde, por encargo mío, las tenía presas Morok? ¡No! ¡no! ¡sería demasiada suerte!

DUPON. (Desde el balcón.) ¡Ya nada se oye!... Pero, ¿qué veo? ¡Mis criados vienen corriendo tras de un hombre que se dirige desesperado hacia aquí!... ¡Mirad!... (Desde poco antes se han oído lejos los gritos de Dagoberto.)

DAGO. ¡Rosa!... ¡Blanca!... ¡Hijas mías!... ¡Hijas!

ROD. (¡Ah! ¡sí! ¡ellos son!... El infierno me ayuda.)

DAGO. (Dentro.) ¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Quiero mis hijas!... ¡mis hijas de mi alma!... ¡Blanca!... ¡Rosa!

DUPON. ¡Pobre anciano!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. DAGOBERTO con el traje en desorden, medio desnudo. Aldeanos que le rodean

DAGO. ¡Dejadme, digo!... ¿Para qué quiero la vida sin ellas?... ¡Ah!... me faltan las fuerzas! ¡Hijas... hijas mías!... ¡No puedo más, Dios piadoso! (Se desmaya en brazos de los aldeanos.)

DUPON. ¡Infeliz padre!...

ROD. (¡Ah! por fin están en mi poder!)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa una humilde buhardilla. Un hornillo de barro, jofaina y tohalla en un ángulo. Un Cristo colgado en la pared, varias imágenes de santos. Mesa de costura.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCA y LISETA

FRAN. Son ya las ocho y media y empiezo a inquietarme por la tardanza de Agrícola...

LIS. ¡No os alarméis, señora Francisca!

FRAN. ¡Siempre temo que le suceda algo! Y si él me faltara...

LIS. ¡Esperad, siento pasos! (Yendo a la puerta.) Él sube ya.

FRAN. ¡Gracias a Dios!

ESCENA II

Dichos. AGRÍCOLA

AGRÍ. Buenas noches, madre. ¡Buenas noches, querida Liseta! (Abrazándolas.)

FRAN. Me parece que hoy vienes más tarde, hijo mío.

AGRÍ. ¡Es que olvidasteis que es sábado... y que debía cobrar mi salario!... ¡Tomad, madre! (Se lo da.)

FRAN. Gracias, hijo mío; Dios te lo premie...

LIS. (**Mirando una flor que traerá Agrícola en la mano.**) ¿Qué hermosa flor es esa, Agrícola? Jamás he visto otra igual en pleno invierno: mirad, señora Francisca.

FRAN. ¡Es verdad, hijo mío! ¿Dónde hallaste esa flor?

AGRÍ. ¿Dónde la hallé, madre mía?... ¿Creéis que se tropiece con flores tan hermosas desde la barrera del Maine hasta la calle de Brise-Miche?

LIS. Pues entonces...

AGRÍ. Es el premio de un pequeño servicio que acabo de prestar a la condesa de Cardoville... ¡ya sabes!... La de la calle de Babilonia, la cual me ha ofrecido en cambio su valiosa protección. «¡En cualquier trance apurado—me ha dicho—acudid a mí. ¡No vaciléis.» Esa ha sido otra de las causas de mi tardanza. Después, al entrar en casa, me he encontrado con nuestro vecino el tintorero, el cual me detiene y me dice, con aire asustado, que ha visto un hombre sospechoso rondando la casa. ¡Y que ha preguntado por mí!

FRAN. ¿Quién podrá ser ese hombre, hijo mío?

AGRÍ. A fe que no lo sé, ni me importa. (**Mientras tanto, Liseta prepara jofaina y jabón.**)

LIS. ¿Quieres lavarte, Agrícola?

AGRÍ. ¡Gracias, Liseta! ¡qué bondadosa eres! Toma, ahí tienes mi linda flor, en pago de tu trabajo.

LIS. (**Tomándola.**) ¿De veras me regalas esa flor tan hermosa?

AGRÍ. Sí, Liseta, ¡para ti! y mucho me agrada que sea de tu gusto... ¡Ea! ¡a la mesa! ¿Quieres cenar conmigo, Liseta?

LIS. ¡Gracias! He comido hace poco.

AGRÍ. Pero, ¿qué tenéis madre? Os veo inquieta.

FRAN. Ese desconocido me da que pensar.

AGRÍ. Pues para mujer de un antiguo granadero de la guardia imperial, no eres, madre mía,

nada valiente. Y en cuanto a mi padre, no quiero creer que no he de volver a verlo, porque sólo pensarlo me pone fuera de mí. (Liseta se va sin ser vista.)

FRAN. ¡Volverá!... ¡si Dios lo quiere!

AGRÍ. ¡Y fuerza será que lo quiera! Hartas misas has mandado decir para conseguirlo.

FRAN. ¡Agrícola!... ¡hijo mío... no hables así...

AGRÍ. ¡Perdona, madre mía!

FRAN. No soy yo a quien ofendes, hijo mío... En cuanto a tu padre, hace ya cuatro meses que nada sabemos de él.

AGRÍ. ¡Razón de más para que lo esperemos!

FRAN. ¡Dios te oiga, hijo mío! ¿Pero recuerdas a tu padre, Agrícola?

AGRÍ. Si he de decir la verdad, lo que ante todo recuerdo son sus bigotes, ¡que me daban un miedo! (Liseta entra diciendo a Agrícola:)

LIS. Agrícola: en la covacha del padre Loriot te espera un hombre que necesita hablarte con urgencia.

AGRÍ. (Sorprendido.) ¿A mí?

LIS. Sí, Agrícola.

FRAN. ¿Qué será, hijo mío?

AGRÍ. ¡No lo sé! Lléveme el diablo si entiendo una palabra.

ESCENA III

FRANCISCA, LISETA

FRAN. ¡Ay, Liseta! Si Agrícola corriese algún peligro...

LIS. No temáis: no le pasará nada.

FRAN. ¿Luego tú sabes algo?

LIS. ¡No, señora Francisca!.. Pero.... ved... ya está aquí.

ESCENA IV

Dichos. DAGOBERTO, AGRÍCOLA, ROSA y BLANCA. Agrícola se detiene en el umbral de la puerta, fijos los ojos en su madre

FRAN. Y bien, hijo mío, ¿qué sucede?

AGRÍ. ¡Madre, madre mía! debéis prepararos a ver cosas que os sorprenderán mucho: prometedme que seréis razonable

FRAN. ¿Qué quieres decir? ¡Cómo tiemblas!... ¿Qué ocurre, hijo mío?

AGRÍ. Mi buena madre... (El llanto no le deja continuar.)

FRAN. ¿Lloras, hijo? Pero, ¡Dios mío! ¿qué sucede? ¡Habla!

AGRÍ. Vais a ser muy dichosa; pero hay que tener cordura, porque también mata la alegría.

FRAN. ¿Cómo?

AGRÍ. Ved como mi padre ha llegado al fin.

FRAN ¡Tu padre! Mi pobre Dagoberto... tras diez y ocho años de ausencia... ¿Pero es verdad, Dios mío? ¿Dónde está?... ¡Dagoberto! (Dagoberto aparece por el foro acompañado de Rosa y Blanca y corre a abrazar a su mujer.)

DAGO. ¡Francisca!

FRAN. ¡Esposo mío! (Pausa larga.)

DAGO. ¡Hijas! ¡Es mi buena y digna mujer, la cual será para las hijas del mariscal Simón lo que he sido yo hasta hoy!

FRAN. Seremos vuestras hijas, señora.

ROSA ¡Vuestras hijas!

FRAN. ¡Diríase que son dos ángeles!

DAGO. Ahora nos toca a los dos, hijo.

AGRÍ. ¡Padre! (Se abrazan.)

DAGO. ¿Y esta joven, hijo mío?

AGRÍ. Es una buena amiga que vive en la buhardilla inmediata y nos ama entrañablemente; ¡si viérais cómo cuida de mi madre!

DAGO. (Alargándole la mano.) ¡Joven: contad con el agradecimiento de este viejo soldado! Muchas gracias.

FRAN. ¡Pobrecitas niñas! ¡qué frío tienen! Y el hornillo está apagado...

LIS. Esperad un momento; iré por lumbre. (Se va y al poco rato vuelve con lumbre en un cacharro.)

DAGO. ¡Mi buena esposa! ¿no esperabas esta grata sorpresa?

FRAN. ¡No! ¡no la esperaba! Pero siento que las hijas del mariscal lo echarán de menos todo en este miserable albergue!

DAGO. Tranquilízate. ¡Estas pobres niñas están acostumbradas a vivir en los campamentos! Ya te contaré más tarde... (A las niñas.) Entretanto, mi mujer os cederá su lecho, y algo mejor estaréis aquí que en campaña.

ROSA Ya sabes que siempre nos hallamos bien a tu lado, Dagoberto.

AGRÍ. Pero en nuestra casa...

ROSA No lo creáis así, señor Agrícola...

AGRÍ. ¡Cómo, señorita! ¿Sabéis mi nombre?

ROSA Hemos hablado tanto de vos con Dagoberto y con Gabriel...

FRAN., AGRÍ. ¿Gabriel? (Liseta se habrá ido sin ser notada.)

DAGO. ¡Gabriel, sí! ¡Ah, Francisca!... ¡esposa mía! ¡muy hermoso es lo que has hecho recogiendo a ese desgraciado niño, y educándolo con mi Agrícola!

AGRÍ. ¡Padre!... ¡y después dirán que no hay días señalados para la felicidad!

DAGO. Sí, hijo mío: los hay; ¡y éste es uno de ellos! Ahora, y en tanto que preparas para las niñas algo que comer, y descansan del traqueteo del viaje, es fuerza que vaya a enterarme de lo que me ha traído a París. Agrícola me acompañará.

AGRÍ. ¡Sí, padre mío!

FRAN. ¿Ya me dejas, tan pronto? ¿Tardarás en volver?

DAGO. ¡Media hora escasa! ¡Nada temas!

FRAN. ¡Es que he vivido diez y ocho años lejos de ti, Dagoberto!

DAGO. ¡No seas supersticiosa!... ¿Temes que el destino vuelva a separarnos, Francisca? No

amargues con tus recelos estos momentos de felicidad.

FRAN. ¡Es que temo siempre!

DAGO. ¡Vamos! tranquilízate, y mientras cuidas de las niñas...

FRAN. ¡Seguidme, señoritas!... ¡Adiós, Dagoberto! ¡adiós, Agrícola!...

DAGO. Voy con vosotras. ¡Quiero ver como os cuida mi esposa! Hace tantos años que lo hago yo...

BLAN. ¡Qué bueno eres! (Acariciándolo.)

DAGO. Vamos allá. (Vanse todos menos Agrícola.)

ESCENA V

AGRICOLA. Después LISETA, que entra recelosamente con una carta en la mano.

LIS. ¡Agrícola! ¡Agrícola!

AGRÍ. ¿Eh?... ¿quién?

LIS. Toma... lee.

AGRÍ. ¿Qué es esto?

LIS. Es para ti.

AGRÍ. ¿Qué significa?... (Leyendo) «Una persona que no puede darse a conocer, pero que sabe el interés fraternal que os tomáis por Agrícola Baudin, pone en vuestro conocimiento que se ha dictado auto de prisión contra él.» ¿Contra mí? ¿qué quiere decir eso?

LIS. Continúa.

AGRÍ. «Su canción de los trabajadores libres ha sido denunciada, y como se han hallado ejemplares de ella entre los papeles de una sociedad secreta, cuyos jefes acaban de ser encarcelados...»

LIS. ¡Ah, Dios mío!...

AGRÍ. ¡Pero, esta acusación es absurda!... Yo no me ocupo en política; mis versos sólo respiran amor a la humanidad. ¿Es culpa mía si se han hallado entre los papeles de esos hombres?

LIS. ¡Continúa, por Dios!

AGRÍ. (Leyendo.) «Su inocencia será, tarde o temprano, reconocida, pero obrará cuerdamente poniéndose en salvo y evitando una detención que sería terrible para su madre, viéndose privada de su único apoyo.» Y no lleva firma... Tranquilízate, mi buena Liseta: esto es sólo una chanza pesada, nada más.

LIS. ¡Agrícola, por Dios! No desprecies este aviso, acuérdate de Reini, tu compañero, el cual por una simple carta que encontraron entre los papeles de una sociedad, lo encarcelaron durante muchos meses.

AGRÍ. ¡Encarcelado! ¡sin poder trabajar... sin jornal!... y mi madre... mi padre, esas pobres niñas!... ¡Oh! ¿qué hacer?

LIS. No temas, Agrícola. Aquella señorita, la de la flor, acaso te favorezca... ella se ofreció a ti...

AGRÍ. Tienes razón; ¡iré, Liseta... iré! (Llaman a la puerta del foro.)

LIS. ¿Han llamado?... ¡Ay! ¡no sé por qué tiemblo!

AGRÍ. ¿Quién será? (Liseta abre.)

ESCENA VI

Los mismos. EL COMISARIO y dos gendarmes.

COM. ¿El señor Agrícola Baudín?

AGRÍ. ¡Ah! ¡el aviso era cierto! ¡Estoy perdido!... Y mi madre... mi pobre padre, que acaba de llegar...

COM. ¿No habéis oído? ¡Pregunto por Agrícola Baudin!

AGRÍ. ¡Yo soy, señor!

COM. ¡Pues daos a prisión!...

LIS. ¡Debe ser un error, señor comisario! ¡Yo os respondo de que es el joven más bueno y más honrado que existe!

COM. ¡No he venido aquí a discutir! ¡La orden de

arresto está en regla! ¡Cumplo con mi deber y espero que no me obligaréis a recurrir a la violencia!

AGRÍ. ¡Pero soy inocente, señor!... y con mi prisión vais a causar la muerte de mi anciana madre! ¡De mi padre, que acaba de llegar después de diez y ocho años de ausencia!

COM. ¡Nada puedo hacer por vos! El prefecto es el encargado de averiguar vuestra culpabilidad o vuestra inocencia!... ¡Yo debo limitarme a cumplir sus órdenes! ¡Vamos!

AGRÍ. ¡Dios mío!... ¿qué será de mi madre?... ¡Liseta, amiga mía! ¡Nada le digas!... ¡Sólo a mi padre!... ¡La pobre anciana no resistiría este golpe!...

COM. Débo advertiros...

AGRÍ. ¡Perdonad!... ¡Pero es la primera vez que esto me ocurre!... Jamás he tenido cuentas con la justicia, y aun cuando de nada me acusa la conciencia... ¡tengo miedo... os lo confieso!

COM. ¡Ea! ¡Despedíos y... en marcha!

AGRÍ. ¡Liseta! **(Abrazándola.)**

LIS. ¡Nada temas! ¡Mañana iré a la calle de Babilonia!... ¡Pobre amigo mío!... ¡Ea, valor!...

AGRÍ. ¡Confío en Dios... y en ti!... ¡Adiós! ¡adiós!... ¡Cuando queráis, señor comisario!

COM. ¡Vamos! **(Desaparecen por el foro. Liseta cae de rodillas ante una imagen de la Virgen y exclama.)**

LIS. ¡Virgen purísima!... ¡Tú que lees en el fondo de mi alma... tú que sabes cuanto le amo, acude en su ayuda!... ¡No nos abandones, Virgen mía!... ¡Virgen purísima!

ESCENA VII

Dicha, DAGOBERTO por la puerta lateral

DAGO. ¡Agrícola! ¡Hijo mío! ¿Cómo?... ¿No hay nadie?...

LIS. ¡Ah, señor Dagoberto, qué desgracia!

DAGO. ¿Desgracia? ¿Qué decís?... ¿Dónde está Agrícola?

LIS. ¡Preso, señor!

DAGO. ¿Preso?... (Furioso.) ¡Mi hijo! ¡Vos deliráis! ¿Dónde está Agrícola?

LIS. Os juro que es cierto cuanto os digo. Hace un momento se ha presentado un comisario con los gendarmes y ..

DAGO. En el momento de mi llegada prenden a mi hijo y... ¡vamos, que pierdo la cabeza!... ¡Explicadme! ¡Yo nada sé de lo que pasa aquí! ¿Mi hijo estaba metido en política?... ¿Conspiraba acaso?... Yo sé lo que es eso y...

LIS. ¡No, señor Dagoberto! Agrícola vive sólo para su madre y para el trabajo.

DAGO. ¡Acaso algún enemigo oculto!... Pero es necesario salvarle y a nadie conozco en París... ¿Qué hacer?

LIS. ¡Queda un recurso, señor Dagoberto! Mañana iremos a suplicar que interceda por él a la señora de Cardoville, que se ofreció a Agrícola a cambio de un servicio que le prestó y entonces...

DAGO. ¿Mañana, decís? ¡No, ahora! ¡Ahora mismo! ¡La libertad de mi hijo me importa más que la vida!...¿ Estar diez y ocho años sin verle y perderlo otra vez?... ¡Vamos, hija mía, vamos! Vos me indicaréis el camino... Francisca!... (Llamando a la puerta.) ¡Vamos a salir! ¡Cuida de las niñas!

FRAN. ¿Te marchas, Dagoberto? ¿Y Agrícola, mi hijo, dónde está?

DAGO. Precisamente de él se trata y vamos a su encuentro. Pronto estaremos de regreso. ¡Francisca! ¡Esposa mía! (Abrazándola.) ¡Esas niñas son más que mi vida!... ¡Son... mi honra de soldado!... ¡Vela por ellas!

FRAN. ¡Nada temas! ¡Adiós!

DAGO. ¡Adiós! ¡Vamos!

LIS. ¡No; por aquí! (Se van por la primera derecha.)

ESCENA VIII

FRANCISCA. A poco EL ABATE D'AGRIGNY

FRAN. ¡Pobrecitas! (**Mirando hacia la segunda izquierda.**) Arrodilladas y rezando con santo fervor... ¡Son dos ángeles!...

ABATE ¡Dios sea alabado!

FRAN. ¡Ah! ¡Vos! ¿Y a estas horas, señor abate? (**Besándole la mano.**)

ABATE ¡Sí, buena mujer! ¡Tenía necesidad de comunicaros cosas muy graves, y he decidido no perder momento! ¡Es preciso evitar una gran desgracia!...

FRAN. ¿Qué decís, padre?

ABATE En la iglesia he sabido que vuestro esposo acaba de llegar, y que ha traído del fondo de la Siberia dos niñas, hijas del relapso mariscal Simón, ¡educadas sin creencias religiosas!.. que ni siquiera han sido bautizadas, y como el pastor responde de sus ovejas, ¡vos, Francisca, seréis responsable de sus culpas y pecados y eso vengo a evitar!...

FRAN. ¿Qué decís? Esas niñas...

ABATE Vos me habéis dicho cien veces, en el confesonario, que vuestro marido es un librepensador impenitente.

FRAN. ¡Es verdad, padre!... Pero es el mejor de los hombres, con todo y esa falta de fe que yo deploro, ¡y para evitar la cual daría gustosa mi vida!

ABATE Pues bien: dejad que él persista en su camino de perdición, ¡pero evitemos que arrastre a algunos inocentes en su maldecida perversidad! Por eso es fuerza hoy mismo abrir los ojos a la luz divina a esas pobres criaturas, y colocarlas en una casa religiosai ¡Eso debéis hacer, si no queréis incurrir en tremendas responsabilidades ante la justicia. divina!

FRAN. Es que yo... padre... ¡me asustáis!...

ABATE ¡Sí! Ya sé que no es el celo y la fe religiosa lo que os falta; pero seríais impotente para conseguir su salvación si continuaban en esta casa. Es preciso que otros, en nombre de la caridad, hagan por esas dos huérfanas lo que vos no podéis hacer.

FRAN. ¡Ah, padre! ¡Si se cumpliese esa buena obra!... Ya veis que nuestra miseria...

ABATE ¡Descuidad! Conozco a la superiora de un convento donde esas niñas recibirán la enseñanza cristiana que ha de asegurarles, lo mismo que a vos si a ello contribuís, la salvación eterna.

FRAN. ¡Sí, padre, sí! Yo veré de convencer a mi marido y...

ABATE ¡No, Francisca, no! Es preciso que esas niñas sean conducidas a esa casa religiosa en este mismo instante.

FRAN. ¿Ahora mismo?... ¡Pero... es imposible!

ABATE ¿Imposible?... ¿Por qué?

FRAN. En ausencia de Dagoberto, yo no...

ABATE ¡Acabad!

FRAN. ¡No me atrevo sin consultárselo!...

ABATE ¡Consultarle en un asunto que lleva consigo la salvación de vuestra alma!... ¡que puede condenaros a las eternas penas del infierno!...

FRAN. ¡Ah!... (Santiguándose.)

ABATE ¡No solamente no debéis consultarle, sino que es necesario que su partida se verifique en su ausencia!

FRAN. ¡Pero, padre!... Cuando mi marido regrese me preguntará por esas criaturas... tendré, pues, que mentir.

ABATE ¡El silencio no es una mentira! Le diréis que no podéis contestar.

FRAN. ¡Mi Dagoberto es el hombre mejor del mundo, pero su ira será terrible!

ABATE Aunque fuese diez veces más terrible debéis arrostrarla y envaneceros de sufrirla por una cosa tan santa como la salvación de esas almas descarriadas.

FRAN. ¿Pero, cuando venga a reclamarlas el general Simón...?

ABATE ¡Entonces se habrá ya sembrado la semilla del bien en esas criaturas; me lo avisáis, y le serán entregadas ya redimidas... Pensad, buena mujer, la tremenda responsabilidad que contraéis ante ese Dios que decís adorar, negándoos a que sean salvadas las almas de dos hijas del pecado... ¡Mi maldición os acarrearía...!

FRAN. (Llorando.) ¡No, padre, no! ¡no me maldigáis!... ¡Suceda lo que suceda, cumpliré con mi deber de cristiana, aun cuando con ello arriesgue mi vida!... Pero... ¿y si esas niñas no quieren seguiros?

ABATE Les diré que me envía por ellas vuestro esposo... (Pausa.) ¿Acaso dudáis?

FRAN. ¡Hágase, Señor, tu voluntad!... ¡Venid conmigo!... Podréis salir por la puerta del desván, y así se evita el que Dagoberto... si llegara...

ABATE ¡Guiadme!... ¡Apresuraos! (Pausa, durante la cual se oye hablar dentro a Francisca, Rosa y Blanca.)

FRAN. (Saliendo al poco rato.) ¡Dios mío!... Si habéis querido probar la fe de vuestra humilde sierva, ya habéis visto mi sacrificio! ¡Que me sea tomada en cuenta para el perdón de mis pecados! (Se arrodilla ante la imagen.) ¡Qué inefable consuelo es la oración cuando sale del alma! ¡Qué dulce bienestar se experimenta cuando se ha cumplido un deber de conciencia! Pero siento pasos. ¿Será Dagoberto? (A la imagen.) ¡Virgen santa!... ¡dadme fortaleza para completar mi obra de redención!... (Se dirige a la puerta.)

ESCENA IX

Dicha. DAGOBERTO, AGRÍCOLA

FRAN. ¡Agrícola! ¡hijo mío!

AGRÍ. ¡Madre de mi alma!

DAGO. Ya estamos aquí. (Al entrar se dirige a la segunda izquierda y mira hacia dentro.) ¿Y las niñas,

Francisca? ¿Están descansando? ¿Dónde están?...

FRAN. No te enojes.

DAGO. Que no me... ¿es que no están aquí? ¿Porqué palideces? ¡Ea! ¡no llores!

DAGO. ¿Dónde están Blanca y Rosa! ¡Di!

FRAN. Yo... no sé...

DAGO. ¿Que no sabes?... ¿Que no... (**Exaltándose.**) ¿Pero ignoras que no debías abandonarlas ni un momento? ¿no sabes?... (**Transición.**) ¡Vamos! ¡hablemos en calma! ¡Francisca, esposa mía! ¡Dime donde están las hijas del general Simón!... habla...

FRAN. ¡Haz de mí lo que gustes, mas no me preguntes! ¡No podría contestarte!

AGRÍ. ¡Madre! ¡Madre!

DAGO. (**Fuera de sí y agarrándola brutalmente por el cuello.**) ¡Las niñas! ¿Dónde están las niñas?

AGRÍ. ¡Padre! (**Conteniéndole.**)

FRAN. ¡Perdón! ¡Perdón! (**Arrodillándose.**)

DAGO. ¡Oyeme mujer!... (**Muy triste y tierno.**) ¡En nombre del inmenso cariño que te he profesado siempre!... ¡En nombre de tu hijo, te suplico que acabes con esta zozobra que me mata!... ¡Francisca, amiga mía!... ¡Esposa de mi alma!... ¡Habla! ¡Habla!

FRAN. ¡Ay de mí!

DAGO. Suponte que en este momento llegara el general Simón y que me reclamara sus hijas: ¿Cómo contestarle?

FRAN. ¡Acúsame a él! ¡Lo soportaré todo!

DAGO. ¿Pero no sabes, desgraciada...? (**Furioso.**)

AGRÍ. Padre, por Dios...

DAGO. No sabes que si esas niñas han arrostrado tantos peligros es porque deben estar en París el día trece de febrero...

FRAN. ¿Qué dices, Dagoberto? ¿El día trece?...

DAGO. En la calle de San Francisco...

FRAN. ¡Ah! ¡Lo mismo que Gabriel!

DAGO. ¿Cómo? (**Asombrado.**)

FRAN. ¡Sí! Cuando lo recogí, heladito de frío, el

pobre expósito llevaba pendiente del cuello una medalla de bronce...

DAGO. Con una inscripción que decía: «Os hallaréis en París el trece de febrero de mil ochocientos treinta y dos, en la calle de San Francisco»?...

FRAN. ¡Sí, Dagoberto! ¿Pero cómo sabes tú?...

DAGO. ¡Gabriel también! ¿Conoce Gabriel esa medalla?

FRAN. ¡Sí! ¡La conoce!

DAGO. ¿Y esa medalla?...

FRAN. Se la entregué a mi confesor, junto con unos papeles contenidos en una cartera que llevaba prendida de sus andrajos. El le tomó bajo su protección y logró que ingresara en la Compañía de Jesús.

DAGO. Gabriel en la Compañía... ¡Ah! ¡Le han secuestrado para que no se les escape la herencia del hereje!

FRAN. ¿Qué quieres decir?

DAGO. ¿Qué quiero?... (Conteniéndose.) ¡Francisca!... Oyeme: ¡Tú eres la mejor de las mujeres y no puedes tener ningún interés en ocultarme el paradero de las niñas! ¿No ves cuanto sufro?... ¡Dime, dime dónde están, porque de no hallarse dentro de tres días en la calle de San Francisco, perderán las hijas del general acaso una cuantiosa fortuna!

FRAN. ¡Pero en cambio ganarán la salvación del alma! ¿Qué valen las riquezas de la tierra comparadas con la bienaventuranza eterna?

DAGO. ¿La bienaventuranza?... ¡Ah! ¡Sí! ¡Lo adivino todo! ¡Nos sacrificas a mí, a las niñas, al mariscal, a todos, a tu confesor!... Pero yo sabré donde encontrarle, y... ¡mil rayos le partan!... iré a preguntarle si es él o yo el amo de mi casa!... ¡Y si se calla, le forzaré a hablar!...

FRAN. ¡Santo Dios!... ¡A un sacerdote!...

DAGO. ¡No! Un infame que arroja la discordia y siembra la desgracia en mi hogar!... ¡Aquí se trama una vileza de la que tú eres cómplice,

desdichada mujer, sin darte cuenta de ello!

FRAN. ¡Dagoberto!

AGRÍ. ¡Hablad, madre mía!... ¡Hablad!

DAGO. ¡Por última vez! Comprende que es mi honor el que destruyes; que es la felicidad de toda una familia la que destrozas por mentidos deberes de confesonario: ¡que es tu propia dicha... la de tu hijo, la que pisoteas!...

FRAN. ¡Dagoberto mío! (**Llorando.**)

DAGO. Pero... ¿no hablas aún?... ¿no quieres decirme lo que han hecho de esos dos ángeles?... ¡Pues bien: yo lo sabré!...

AGRÍ. ¡Deteneos, padre! ¿dónde vais?

DAGO. ¡Déjame! Yo sabré en la iglesia quien es tu confesor... tu cómplice, y juro al infierno!...

ESCENA X

Dichos. EL COMISARIO con un agente

COM. ¿A qué vienen esos gritos? ¿qué pasa aquí?

DAGO. ¿Un comisario? ¡Ah! Llegáis a tiempo... ¡Entrad, señor!

AGRÍ. ¿Qué intentáis, padre?

DAGO. ¡Déjame! Señor comisario: tened a bien escucharme, pues he de hacer la delación de un crimen.

COM. ¿De un crimen?... ¡Decid!...

DAGO. Hace dos horas que llegué a París trayendo conmigo dos niñas que me había confiado su madre, la esposa del general Simón.

COM. ¡Ah! ¿Del mariscal duque de Ligny?

DAGO. Llegaron aquí... a mi casa, esta misma tarde, y durante una ausencia momentánea, esas dos niñas han desaparecido.

COM. No quisiera dudar de la sinceridad de vuestras palabras; sin embargo, un secuestro tan brusco... Por otra parte: ¿quién os dice que esas niñas no vuelvan?... ¿De quién sospecháis? Pensadlo antes de entablar vues-

tra acusación: ved que es un magistrado el que os escucha, y que más tarde no os será posible retroceder.

DAGO. ¡Acuso al confesor de mi esposa Francisca Baudín, de ser autor o cómplice del rapto de las niñas!

AGRÍ. ¡Madre!... (**Suplicante.**)

FRAN. ¡No puedo, hijo mío!

COM. Ved que vuestra acusación va dirigida contra un hombre revestido del carácter más respetable!... ¡un sacerdote!... ¡se trata de un ministro de la Iglesia! Todo eso es muy grave y debierais reflexionar...

DAGO. ¡Qué diablo! ¡a mi edad se tiene sentido común!.. Mi mujer es la criatura más buena y más inocente que hay en el mundo... ¡pero es devota!... ¡Hace veinte años que no sigue otro impulso que el de su confesor!... Adora a su hijo y a mí me idolatra... pero aquí manda ese cura y...

COM. ¡Señor!... Esos detalles íntimos...

DAGO. ¡Son indispensables, y os convenceréis de ello! Al regresar a mi casa, esas dos niñas habían desaparecido: pregunto a mi mujer y se arroja a mis pies sollozando y negándose a decirme qué ha sido de ellas...

COM. ¿Será posible, señora? (**Sorpresa.**)

DAGO. Ruegos, amenazas, todo ha sido inútil. Ahora bien: como mi mujer no tiene... ¡no puede tener!... ningún interés en haber hecho desaparecer a las niñas, afirmo que ha obrado por orden de su confesor, sirviendo de ciego instrumento.

COM. ¿Habéis oído, señora?

FRAN. Sí, señor.

COM. ¿Qué tenéis que decir para justificaros?

DAGO. (**Asombrado.**) ¡No! Si no es a mi mujer a la que acuso, sino a su confesor.

COM. Os habéis dirigido al magistrado: a él y no a vos toca el obrar según lo crea oportuno. (**A Francisca.**) ¿Qué decís?

FRAN. ¡Nada, señor!

COM. ¿Luego lo dicho por vuestro marido es cierto?

FRAN. ¡Cierto, señor!

COM. ¿Nada más podéis decir en vuestro descargo?

FRAN. ¡Nada!

COM. Ved, señora, que se trata de un secuestro de menores, y si persistís en vuestra terquedad, me veré en el caso de llevaros ante el prefecto!

FRAN. ¿A mí? (Con horror.)

DAGO. ¿Presa?

AGRÍ. ¡Madre mía!

COM. ¡Se trata de algo que puede encubrir un crimen, y mi deber es conduciros a la Prefectura!

DAGO. ¡Habla, esposa mía! ¡Por mí!

AGRÍ. ¡Por todos, madre amada!

FRAN. (Dirige la vista a la imagen: seca sus ojos y exclama:) ¡Nada tengo que decir! ¡Dios, que todo lo ve, comprenderá mi sacrificio! ¡Señor comisario, estoy pronta!

DAGO. ¡Pero... desgraciada!... (Abrazándola.)

AGRÍ. ¡Madre! ¡madre! (Idem.)

FRAN. ¡Adiós! ¡cúmplase la voluntad del cielo! (Vase precipitadamente con el Comisario.)

DAGO. (Cae abatido en un asiento.) ¡Hijo mío! ¡ya lo ves! ¡No hay consuelo para mí!... ¡porque tu madre no hablará, no! ¡bastante la conozco! ¡Sugestionada por ese infame cura, llegará hasta el cadalso si es preciso!...

AGRÍ. ¡Padre! ¿qué será de nosotros?

DAGO. ¡Hijo! ¡Hijo mío!

ESCENA XI

Dichos, LISETA, que entra precipitadamente.

LIS. ¡Señor Dagoberto! ¡Agrícola!

DAGO. ¿Qué es eso?

AGRÍ. ¿Qué pasa, Liseta?

LIS. He oído cuanto habéis hablado con el comisario, y pensando que a la hora en que han debido salir las niñas era fácil que las hubiese visto maese Loriot, el portero, he corrido a preguntarle, y por él he sabido...

DAGO. ¿Qué?

AGRÍ. ¡Habla!

LIS. Ha venido por ellas un sacerdote en un cabriolé, y al montar en él con las niñas, ha dicho al cochero: «¡A escape! Al convento de Santa María!...»

DAGO. ¡Ah! ¡Gracias, Dios mío! No se ha perdido todo.

AGRÍ. ¿Qué pensáis hacer?

DAGO. ¡Correr a salvar a las hijas del general, hijo mío! ¡Vamos! En el camino nos proporcionaremos unas cuerdas y algunas herramientas! Yo llevo mis pistolas...

AGRÍ. ¿Qué intentáis?

DAGO. ¡Asaltar el convento! ¡Pegarle fuego si no me entregan mis niñas!

AGRÍ. Pero, padre...

DAGO. ¡Obedece!

LIS. Yo os acompañaré.

DAGO. Gracias, noble joven... (A Liseta.) ¡Ahora, al convento de Santa María!

AGRÍ. ¡Después, mi madre!

DAGO. ¡Sí, hijo mío! Tu madre, y luego... ¡mi venganza!...

TELÓN RAPIDO

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Afueras de París. A la izquierda, un ala del edificio convento de Santa María, con verja de entrada y tapia que da vuelta al jardín. A la derecha, bosque. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MR RODÍN; a poco EL ABATE, vistiendo traje talar

ROD. ¡Cuánto tarda el abate!... Le he enviado un mensajero avisándole de mi llegada. ¿Habrá ocurrido algún contratiempo, ahora que todo marcha a medida de mis deseos? ¡Oh! ¡Sí! Esa fortuna pasará a mis manos a pesar de todo, y con ella dispondré de los destinos de la Compañía, ya que a mí solo se deberá... ¡Ah! ¡ya está aquí!...

ABATE (Que sale del convento.) ¿Hace mucho tiempo que me esperabais?

ROD. ¡El suficiente para morirme de impaciencia!... ¿Queréis dignaros decirme lo que habéis hecho?

ABATE Las niñas llegaron, y están encerradas y encomendadas a la madre Perpetua, de la cual respondo como de mí mismo... ¡Todo ha salido a pedir de boca!

ROD. ¿Todo? ¿Lo creéis así?

ABATE ¿Qué significa...? (Altanero.) ¿Os olvidáis, acaso, de mi gerarquía?

ROD. No por cierto... coronel.

ABATE ¡Ah!

ROD. Es este un secreto que sólo yo conozco; pero permitidme que os lo recuerde, ¡cuando por una imprudencia vuestra pudiera perderse todo!

ABATE ¿Qué decís?

ROD. Que al montar en el cabriolé con esas niñas, en la calle de Brise-Miche, cometisteis la imprudencia de dar en voz alta la dirección de esta casa, y que, a no ser por el hijo de maese Loriot, que es de los nuestros y que me ha avisado sin perder momento, ¡hubierais provocado una catástrofe!

ABATE ¡Es verdad! (Abatido.)

ROD. La mujer de ese soldado, de ese Dagoberto, ha sido reducida a prisión, y si por miedo al castigo hablara...

ABATE ¡No temáis! ¡No hablará! ¡El fanatismo le impedirá hacerlo!

ROD. Eso creéis vos; pero si hablara, ¡todo se había perdido! Además: conociendo el sitio a que esas niñas han sido conducidas, es de temer, dado el carácter temerario de ese Dagoberto y el cariño que les tiene, que venga aquí; que provoque un escándalo, y que la prefectura tome cartas en el asunto. ¿No lo creéis así?

ABATE ¡Confieso que tenéis razón!

ROD. ¡Supongo que no volveréis a invocar gerarquías, pues en la Compañía de Jesús las imprudencias se castigan! (Se oye un silbido.) ¡Esperad! (Se dirige al foro derecha, donde aparece un muchacho que habla con él.)

ABATE ¡Ah! ¡Con su ingenio infernal acabará conmigo, como ha acabado con mi autoridad!... ¡Es preciso estar sobre aviso! (Vuelve Rodín; se va el chico.)

ROD. ¿Veis? ¡Lo que os decía! Ese maldito solda-

do, su hijo Agrícola y la jorobada, que Dios confunda, no tardarán en llegar, y va a producirse el escándalo que yo temía.

ABATE ¡Oh!... ¿Qué hacer para evitarlo?

ROD. ¡Esperad! (Pensando.) ¡Sólo hay un medio! ¡Uno solo!

ABATE ¡Decid!

ROD. ¡Es preciso entregar otra vez las niñas a ese hombre!

ABATE ¡Pero entonces, todo se ha perdido!

ROD. Abate, no debierais haber dejado la carrera de las armas; ¡para jesuíta os hace falta ingenio y mala intención!

ABATE ¡Oh!

ROD. Lo esencial es que esas criaturas desaparezcan, ¿no es eso?... Pues bien; corred a prevenir a la madre Perpetua que iré yo a recogerlas. Una vez entregadas las niñas a ese hombre, cuya confianza tengo medios de alcanzar, le induzco a que las lleve al palacio de Adriana; allí irá también el príncipe Djalma, y estando yo con ellos me ha de ser más fácil prepararlo todo sin que nada sospechen.

ABATE ¡Tenéis una astucia diabólica!

ROD. ¡No! Tan sólo procuro cumplir la misión que se nos ha encomendado.

ABATE Pero... ¡decid!... ¿Y si el soldado me reconociese y llegase a contar mi pasado ante la justicia?

ROD. ¡No tiene pruebas: las únicas que existen las poseo yo!

ABATE ¡Es verdad!

ROD. ¡Nada temáis! Sólo yo podría perderos, y... (Un silbido muy tenue.) ¡Es la señal! ¡Entrad en el convento! ¡Esa gente se aproxima!... Buscadme mañana en el palacio de Adriana de Cardoville. (Rodin desaparece por el foro. Abate por el convento.)

ESCENA II

DAGOBERTO, llevando a cuestas un saco, AGRÍCOLA y LA JIBOSA

DAGO. ¡Ea! ¡Ya hemos llegado! Este ha de ser nuestro campo de operaciones.

AGRÍ. Pero, padre, ¿qué intentáis?

DAGO. ¡Nada! ¡Ya lo verás! (Inspecciona el muro y la verja.)

AGRÍ. ¡Decidme lo que os proponéis! Pensad que el cariño por esas niñas os ciega, y temo...

DAGO. Pero, ¿no lo adivinas?... Las niñas están encerradas ahí; ¡las tomo y me las llevo! ¡Es negocio de diez minutos! ¡Y en ultimo extremo, pego fuego al convento y ardemos todos!

AGRÍ. Pero reflexionad...

DAGO. ¡Llamo! Viene a abrir la puerta la tornera y me pregunta qué quiero: no contesto; penetro a la fuerza en el interior, y una vez allí, llamo a mis niñas recorriéndolo de arriba abajo; Blanca y Rosa oyen mis voces, y...

AGRÍ. ¡Y las oyen también las religiosas, y os prenden, y el héroe de Austerlitz, el pundonoroso soldado, es condenado a galeras, sin haber conseguido su objeto.

DAGO. ¡Desgraciado!... ¿Por qué lo has dicho? ¿No ves que con ello me obligas a ser traidor a mi general, y cobarde?... ¡A galeras!... ¡pobres hijas mías! (Llorando.)

AGRÍ. Era mi deber advertíroslo, padre mío... ¡Buscad otro medio!... Pero si no lo halláis, os seguiré, ¡y con vos compartiré la gloria de la empresa o el castigo que se nos imponga!...

LIS. ¡Señor Dagoberto!... ¡Por Dios!...

ESCENA III

Dichos, RODÍN por el foro.

ROD. ¡Buenas noches!

DAGO. (Sorprendido y sacando una pistola.) ¿Eh? ¡Quién va allá!

AGRÍ. ¡Padre! (Conteniéndole.)

LIS. ¡Agrícola! (Asustada.)

ROD. ¡No os asustéis! ¡Gente de paz! Podéis guardar vuestra pistola, señor Dagoberto.

DAGO. ¡Cómo! ¿Me conocéis?

ROD. ¡Sí! Y mi venida a este sitio es porque sé la horrible trama que se urde contra los individuos de una familia de la cual vos sois el responsable y el guardián.

DAGO. ¡Así es! Mas ¿cómo sabéis vos eso?

ROD. No es esta la ocasión de contaros...

DAGO. ¡Pues entonces, despachad, y dejadnos tranquilos!

LIS. (¡Tengo miedo de ese hombre!) (A Agrícola.)

AGRÍ. (¡Nada temas!)

ROD. Cuando me hayáis oído, creo que mudaréis de parecer: sé que las niñas están en ese convento, y que venís a buscarlas.

DAGO. ¿Qué decís?

ROD. Sé, además, que esas niñas os han sido arrebatadas para que no puedan presentarse el día trece de febrero, a las diez de la mañana, en la calle de San Francisco...

DAGO. ¡Vive Cristo, que ahora mismo vais a decirme donde habéis aprendido todas esas cosas, o vais a pasarlo mal!

ROD. Os lo diré: ¿para qué ocultarlo, si dentro de poco habéis de ser mi amigo?

DAGO. ¿Vuestro amigo... yo?

ROD. Sí; lo repito. Yo soy el secretario del abate, uno de los más poderosos miembros de la Compañía. Pero al comprender que se tramaba una conspiración infame contra la familia de Rennepont, he decidido separar-

me de ésta y venir a preveniros y ayudaros.

DAGO. ¿Vos? (Admirado.)

AGRÍ. (Desconfiad, padre.)

DAGO. ¿Quién me responde de que vuestras palabras no encierran un nuevo lazo contra esa desgraciada familia?

ROD. Dos actos que voy a realizar, y que patentizarán mi buena fe. Ante todo, voy a restituiros una prenda que yo he substraído del poder del abate d'Aigrigny, donde se hallaba. Tomadla. (Le da una cruz.)

DAGO. ¡Mi cruz!... ¡Mi cruz adorada!... ¡El premio de mi sangre vertida por la patria, y que el gran Emperador colocó en mi pecho! (Besándola.) ¡Ah, señor! Es la mayor dicha que podía esperar!

ROD. ¿Tanto la estimáis?

DAGO. ¡Esta cruz es mi reliquia, y he preferido sufrir hambre y frío a deshacerme de ella! ¡Oh! ¡gracias! ¡gracias!

ROD. ¡Esa prenda que tanto anhelabais os fué robada en la posada de Leipzig!

DAGO. ¡Es verdad! ¡Allí fué!... Perdonad si os ofendí al principio; pero yo no podía presumir... ¡He sufrido tanto!...

ROD. ¡Comprendo vuestra desconfianza, y no me ofende!... La substracción de vuestros papeles en la posada del Halcón Blanco, vuestra prisión, todo fué obra del abate.

DAGO. ¡Ah! ¡infame!... Y todo con el objeto...

ROD. De que no llegarais a París en la fecha fijada en la medalla. Y ahora... ¿dudaréis aún de mí?...

DAGO. ¡Ah! ¡no! ¡Perdonad! ¡Sois un corazón noble y honrado!

ROD. Pues bien: ¡no es eso todo! porque voy a intentar que os sean devueltas las hijas del general Simón, y espero lograrlo. En el convento me conocen como secretario del abate d'Aigrigny; diré que tengo orden suya de llevarme las niñas a sitio más seguro. ¿Comprendéis?

DAGO. Sí, comprendo, y os lo agradezco; pero si no lo conseguís; si se niegan a entregarlas, yo las arrancaré de allí, ¡aunque tenga que apelar a la violencia! ¡Os lo prometo!

ROD. Ahora debéis ocultaros. Si os vieran, podrían sospechar y acaso se perdiera todo.

DAGO. ¡Descuidad! (Se ocultan.)

ROD. (Llama a la verja.)

VOZ ¡Allá van! ¿Qué deseaba, hermano?

ROD. Urgente, de parte del abate. Soy su secretario. ¿No me conocéis?

VOZ ¡Entrad! ¡entrad, hermano!

ESCENA IV

DAGOBERTO, AGRÍCOLA y LA JIBOSA, arrimados a la tapia y a media voz

AGRÍ. ¡Desconfiad de ese hombre, padre mío!

DAGO. ¿Desconfiar? ¿De qué? ¡Me ha devuelto mi cruz! ¡Va a entregarnos las niñas!

AGRÍ. ¡Es verdad!... ¡Pero no sé! ¡Presiento nuevas desgracias! ¡La mirada de ese hombre me desagrada!

LIS. ¡Y a mí, señor Dagoberto!...

DAGO. ¡Eh! ¿Queréis callaros? ¡Supersticiosos!... ¡El es nuestra Providencia!

AGRÍ. ¡Quiera Dios que no sea nuestra desgracia!

DAGO. ¡Basta, Agrícola! La gratitud es deber de todo hombre honrado, y te prohibo...

AGRÍ. ¡Callaré, padre mío! ¡Callaré!

ESCENA V

Dichos, RODÍN, BLANCA y ROSA, por la verja, y todos en el ángulo, como ocultándose

BLAN. ROS. ¡¡Dagoberto!! ¡¡Por fin!!

DAGO. (Llorando.) ¡Hijas de mi alma! ¡Hijas!

LIS. (¿Nos habremos engañado? Ha devuelto las niñas...)

AGRÍ. (¡No, Liseta, no! ¡El corazón me lo dice: temo que se trame una nueva infamia! ¡Pero yo velaré!

DAGO. (A Rodín.) ¡Ah! ¡Señor! ¡Os debo mi honra!

NIÑAS ¡Bendito seáis!

ROS. ¡Liseta! ¡Agrícola! (Abrazándoles.)

BLAN. ¡Cuánto hemos llorado!...

DAGO. ¡Sois mi Providencia! ¡Mi vida es vuestra desde hoy!

ROD. La Providencia, amigo mío, no piensa en el bien que ha hecho, sino en el que le resta por hacer, y aun quedan otros dos individuos de la familia Rennepont que se hallan en peligro: el príncipe Djalma y la señorita Adriana de Cardoville, prima de estas niñas, y a cuyo lado deben vivir para librarlas de nuevas asechanzas.

ROSA ¿Nuestra prima?

BLAN. ¿Una gran señora?

ROD. ¡Sí, hijas mías! ¡Es preciso que ahora mismo os conduzcamos allá! Yo no conozco a la señorita de Cardoville...

DAGO. ¡Yo sí la conozco, señor! ¡Gracias a ella salió inmediatamente mi Agrícola de la cárcel! ¡Es un ángel del cielo!

AGRÍ. ¡Sí, padre mío, sí! ¡Decís bien! ¡Un ángel!

LIS. ¡Qué buena y qué generosa!

ROD. ¡Pues no perdamos tiempo!

DAGO. ¡Blanca! ¡Rosa!... Apoyaos en mí. ¡Estáis desfallecidas! (Se apoyan en su brazo y salen foro.)

ROD. ¡Guiad!... ¡Ya os sigo!... No sea!... (Se dirige a la verja, por si les siguieran.)

LIS. (¡Agrícola!... ¡Desconfía de ese hombre!)

AGRÍ. (¡No temas!... ¡Vigilaré!...

ROD. (Viéndoles alejar.) ¡Ah! ¡Todos reunidos! ¡Todos al alcance de mi mano!... Los millones del renegado Rennepont serán míos.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Rico salón del palacio de Saint-Dizier, amueblado con mucho lujo. Una mesa en el centro de la escena, etc. Puerta secreta donde convenga.

ESCENA PRIMERA

LA PRINCESA, después UN CRIADO y ABATE

PRIN. ¡Cuánto tarda el marqués d'Aigrigny!... ¿Le habrá ocurrido algún contratiempo?... ¡Los cité para esta noche y me mata la impaciencia!... Si no hubiesen logrado apoderarse de las niñas...

CRI. (Anunciando,) El señor abate.

PRIN. ¡Entrad! ¡Entrad, marqués! ¡Estaba impaciente!... ¿Qué tal?

ABATE ¡Bien! Pero ha habido una variante en el programa. Van a llegar el barón y el doctor Belenier, y no conviene despertar su suspicacia.

PRIN. Indicadme, al menos...

ABATE Las dos huérfanas vendrán a reunirse con Adriana, acaso hoy mismo.

PRIN. ¿Pero, no debían estar en el convento de Santa María?

ABATE Sí, por cierto, pero ha sido necesario...

CRI. (Anunciando.) ¡El doctor Belenier!

ABATE ¡Silencio! ¡Después hablaremos! ¡Pasad, doctor! ¡Pasad! (Yendo a recibirle.)

ESCENA II

Dichos y el DOCTOR BELENIER

BEL. (Besando la mano de la Princesa.) Tengo tanto honor en saludaros, señora...

PRIN. Siempre puntual, mi querido señor Belenier.

BEL. ¡Siempre dichoso, a vuestro lado!

PRIN. Ya nos hallamos en el momento crítico: ¡la señorita Cardoville estará aquí dentro de un momento, y no dejo de estar inquieta! ¡Si sospechase algo!

BEL. Es imposible. Ya sabéis que la señorita Adriana ha tenido en mí siempre mucha confianza.

PRIN. También aguardo al barón Tripeau, persona muy respetable y que necesitamos para el paso que vamos a dar.

CRI. El barón Tripeau.

PRIN. Pasad, querido barón.

BAR. Tengo el placer de ponerme a vuestras órdenes, señora, ya sabéis que podéis siempre contar conmigo.

PRIN. En efecto, así lo creo, caballero, y sobre todo en estas circunstancias. Supongo que no habéis variado de opinión respecto a la señorita de Cardoville, cuya reclusión en una casa de salud se impone, pues vais a convenceros del desequilibrio de sus facultades mentales.

BAR. ¿Es éste el objeto de nuestra reunión?

PRIN. ¡Precisamente!

ESCENA III

Dichos, y luego la señorita ADRIANA DE CARDOVILLE, vistiendo con extremada elegancia

CRI. La señorita de Cardoville pregunta si puede ver a la señora.

PRIN. Podéis contestar a la señorita que la espero, y sabed, además, que para nadie estoy en casa. **(Al entrar Adriana, todos se levantan y saludan.)**

ADRI. Tía, ¿me habéis mandado llamar para tratar de asuntos importantes?

PRIN. Sí, señorita. **(Con severidad.)**

ADRI. ¡Estoy a vuestras órdenes! ¿Queréis que pasemos a vuestra habitación?

PRIN. Es inútil; hablaremos aquí. Señores: tened la bondad de sentaros...

ADRI. ¿En qué puede interesar a los extraños lo que tengáis que decirme?

PRIN. Estos señores son vuestros tutores; les interesa todo lo que os concierne, y por lo tanto debéis escuchar sus consejos y oirlos con respeto.

ADRI. No dudo, tía, de su benévolo interés: pero según parece, voy a sufrir un interrogatorio; ¿no es así? (**En son de burla.**)

PRIN. ¡Se trata de algo más grave! Tengo el deber y el derecho de velar sobre vuestra conducta; cada día abusáis nuevamente de mi excesiva condescendencia, y es preciso que esto acabe, de grado o por fuerza...

ADRI. ¿Decís, tía, que variaré?... ¡no lo extrañaría! Conversiones se han visto... tan singulares. (**Con ironía.**)

ABATE Una conversión sincera nada tiene de singular, señorita; al contrario: es meritoria y un ejemplo excelente.

ADRI. ¿Excelente?... ¡Según!... pues cuando se convierten los defectos en... vicios...

PRIN. ¿Qué queréis decir, señorita? (**Enfurecida.**)

ADRI. ¡Hablo de mí, tía! Me reconvenís el ser independiente y resuelta... y parece que deseáis que me convierta en hipócrita y pérfida... Mas, ¿a qué discutir?... Prefiero mis pequeños defectos, a los que amo como a niños mimados; ahora sé los que tengo; ¿sé yo, acaso, los que tendría entonces?

BAR. No obstante, señorita, no podéis negar que una conversión...

ADRI. Creo al señor Tripeau sumamente ducho en materia de conversiones, pero opino que no debe tomar parte en esta cuestión.

PRIN. (**Enojada.**) ¡Señorita!

BAR. Olvidáis que tengo el honor de ser vuestro segundo tutor, y que...

ADRI. El hecho es que el señor Tripeau tiene este honor, y nunca he podido comprender el porqué. Pero, en fin: no he venido para adivinar enigmas... (**Resuelta.**) Deseo, pues, tía, que me digáis el objeto de esta reunión.

ABATE. Se trata de algo muy serio, señorita, y debéis...

ADRI. ¡Señor abate! Con todo y haber sido un antiguo coronel, os mostráis muy severo para conmigo! ¡Es divertido el lance!

PRIN. Es verdad, señorita, que esto es insoportable y muy intempestivo.

ADRI. Sea, tía: no debí decir que esto es muy divertido, porque a la verdad, no lo es; pero por lo menos es curioso, hasta audaz, y la audacia me gusta; y puesto que se trata de un régimen de vida al cual debo someterme bajo la pena de... (**Riéndose.**) ¿Bajo qué pena, tía?

PRIN. Ya la sabéis.

ADRI. Yo también voy a deciros la determinación que he tomado.

PRIN. Permitidme que os manifieste antes mis deseos... Desde mañana abandonaréis el pabellón que habitáis, despediréis a vuestras doncellas, y vendréis a ocupar aquí dos habitaciones, a las cuales no se podrá entrar sin pasar antes por las mías; no saldréis nunca sola, me acompañaréis al servicio divino: cesará vuestra emancipación, vuestra prodigalidad, y yo me encargaré de todos vuestros gastos, hasta la mayoría de edad, que se diferirá por medio de un consejo de familia.

BAR. En verdad que no puede dejarse de aprobar vuestra determinación, y animaros a demostrar mayor firmeza; porque es preciso poner término a tantos desórdenes...

ABATE ¡Tantos escándalos! (**Adriana se levanta bruscamente.**)

ADRI. Sabed, señora, que si abandoné este palacio y me instalé en el pabellón del jardín fué

porque me era imposible continuar viviendo en esta atmósfera de refinada hipocresía y de negras perfidias...

ABATE Señorita... semejantes palabras...

ADRI. ¡Caballero! (Indignada.) Vos que me interrumpís, decidme: ¿Cuáles eran los ejemplos que se me daban en casa de mi tía?

ABATE Excelentes, señorita.

ADRI. ¿Excelentes?... ¿Cuando veía a cada momento escenas vergonzosas de su conversión, cómplice de la vuestra...?

PRIN. ¡Señorita! ¿os olvidáis? (Con rabia.)

ADRI. No me olvido de nada, señora. No teniendo a quien pedir un asilo, quise vivir sola: deseé gozar de lo que me pertenece, porque prefiero gastarlo a que lo dilapide Mr. Tripeau.

BAR. Señorita... no comprendo como os atrevéis... (Indignado.)

ADRI. ¡Basta! (Resuelta.) Si pronuncio vuestro nombre... no os dirijo la palabra. He querido gastar mis rentas según mi gusto: he embellecido la morada que escogí como residencia. A criadas feas, toscas, preferí jóvenes, lindas y bien educadas, aunque pobres; que no me sirven, me prestan sus servicios; les pago, pero al mismo tiempo les estoy reconocida. Sutilezas son éstas que vosotros no comprendéis, ya lo sé, porque para vosotros, los humildes no son hombres: son cosas, de las cuales os servís sin consideraciones. Si he erigido un altar pagano a la juventud y a la hermosura, es porque adoro a Dios en todo lo creado: hermoso, bueno, noble, grande, y mi corazón, agradecido, repite esta oración ferviente y sincera: «Gracias, Dios mío, gracias.» Esa es la diferencia que existe entre vuestra satánica hipocresía y mi voluntad, que no torceréis, pues en ella reinan a un tiempo el amor, la lealtad y la franqueza. (Gran espectación.)

PRIN. ¡Señorita! ¡Lo que estáis diciendo es monstruoso!

ADRI. ¿Me habéis dado a conocer vuestra voluntad, señora? Pues he aquí la mía: (**Espectación.**) Antes de ocho días dejaré el pabellón en que resido. ¡Soy huérfana y no debo dar cuenta de mis acciones sino a mi propia conciencia!

PRIN. ¿Olvidáis, Adriana, que la sociedad impone deberes ineludibles de moralidad?

ADRI. ¿Sois vos, d'Aigrigny y Mr. Tripeau quienes representáis la moralidad pública? ¡Oh! ¡no deja de ser curioso! (**A su tía.**) Muy pronto, señora, tendré necesidad de pediros serias explicaciones, lo mismo que a mis tutores, sobre ciertos intereses que se me han ocultado hasta ahora... (**Inquietud en todos.**) Si fuese un hombre no se me hubiese impuesto esta dura tutela a mi edad, por haber vivido como lo he hecho hasta aquí: honrada, libre y generosa para todos.

PRIN. Esta idea es absurda, y lleva la desmoralización hasta el olvido del pudor.

ADRI. Entonces, señora, ¿qué opinión tenéis de tantas pobres hijas del pueblo que, huérfanas como yo, viven solas y libres, esclavas de su trabajo, honradas y virtuosas en medio de su pobreza...?

PRIN. No puede establecerse ninguna comparación entre esas gentes y una joven de vuestra clase...

ADRI. Para una dama católica, querida tía, esa distinción no es muy cristiana... Sin embargo, dejemos este asunto, pues no es mi idea la de convertiros. Este palacio, que habitáis, me pertenece; me es indiferente el que viváis en él; pero la parte baja está deshabitada; hay dos habitaciones completas y he dispuesto de ellas por algún tiempo.

PRIN. ¿Y para quién?

ADRI. Para tres personas de mi familia.

PRIN. ¿Qué significa esto?

ADRI. Esto significa que quiero ofrecer generosa hospitalidad a un joven príncipe indio, pariente de mi madre... y a mis dos primas, las hijas del mariscal Simón, a quienes espero.

PRIN. De manera que...

ADRI. ¡Que esta es mi voluntad, y que se cumplirá, a despecho de todos!...

CRI. Un anciano soldado, acompañado de dos hermosas niñas, pregunta por la señorita Adriana.

ADRI. ¡Voy! ¡Voy al momento!... ¿Lo oís, tía? ¡Ya empiezan a llegar mis huéspedes! (Levantándose y dirigiéndose á la puerta.) ¡Señores! ¡He lamentado y lamento el mal rato que acabáis de pasar; pero sabed de una vez para siempre que mis resoluciones son irrevocables! ¡Tía! ¡os ofrezco mis respetos! (Sale dando una carcajada.)

ESCENA IV

Dichos menos Adriana; después RODIN

PRIN. ¡Oh! ¡Esa burla! ¡Hay que torcer su voluntad de hierro!

BAR. ¡Imposible, señora! ¡Es indomable!... (Levantándose.)

PRIN. ¿Os alejáis, barón?

BAR. ¡Sí! ¡Señora, obrad según vuestra conciencia! (Al salir entra Rodín por una puerta secreta.)

PRIN. ¡Marqués!... ¡Hay que decidir con rapidez! De otra suerte, veremos destruídos nuestros proyectos; desvanecidas nuestras esperanzas...

ABATE ¡Ah! ¡Y ese Rodín, que no viene!...

ROD. (Bajando.) ¡Ese... Rodín hace rato que os está escuchando! (Sorpresa en todos.)

PRIN. ¿Vos?

ABATE Perdonad si...

ROD. Princesa, he hecho uso de la llave que con-

fiasteis al señor marqués, de la cual me he apoderado en bien de todos.

ABATE ¿Y las niñas? ¿Y el príncipe Djalma?

ROD. ¡Están en este palacio hace muy poco rato!

BEL. ¿No conocéis los proyectos de Adriana?

ROD. ¡Mejor que vos!... ¡Pero... no temáis! ¡Venceremos esa audacia y ese orgullo dentro de poco!

PRIN. Pero, ¿cómo lograrlo?

ROD. Antes de veinticuatro horas, Adriana de Cardoville amará a Djalma; no lo dudéis; de ello se encargará una doncella afiliada a nuestra Compañía. ¡La hermosa Florinda! ¡Y ahora... quedad en paz!... Otra de las medallas me reclama. Vos, coronel, activad las falsas cartas del mariscal. Vos... señora... (**Grandes rumores en la calle.**)

ABATE ¿Qué pasa en la calle?

ROD. Acaso un motín... (**Llama a la campanilla.**)

CRI. ¿Llamaba la señora?

PRIN. ¿Qué tumulto es ése?

CRI. ¡Es que en París se ha declarado la peste!...

ROD. ¿Cómo?

CRI. La gente corre atemorizada por las calles...

ROD. ¡Bien! ¡Salid! (**Vase el Criado.**) El infierno nos envía un precioso auxiliar... ¡La peste! ¡El reguero de sangre que deja el puñal, descubre la mano que lo esgrime! ¡La peste mata... y calla! (**Pone un dedo en sus labios indicando silencio, y desaparece por la puerta secreta.**)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Interior de una taberna. Mesas y taburetes por la escena. Al foro gran ventana, por donde se ve la calle. A la izquierda del actor una puerta que da a las habitaciones interiores. A la derecha, gran puerta que conduce a la taberna propiamente dicha. Durante todo el cuadro se oye el jolgorio de la calle, sin que interrumpa el diálogo.

ESCENA PRIMERA

RODÍN, disfrazado de obrero, y MOROK sentados a una mesa.

ROD. Pero, Morock: ¿estás seguro de que van a venir?

MOR. ¡No lo dudéis, maestro! Nos hallamos en pleno carnaval, y hace cuatro días, cuando se le entregaron dos mil francos a ese llamado Duerme en cueros...

ROD. ¡Sí! A Santiago Rennepont...

MOR. ¡A ese descendiente del hereje maldito!... Entonces convocó a sus compañeros para hoy, en esta taberna, donde van a celebrar su inesperada fortuna.

ROD. ¡Sí! Pero si no acudieran...

MOR. ¡Acudirán, maestro! Vos no conocéis a la gente maleante de París, la cual vendería su alma al diablo a cambio de una noche de francachela.

ROD. ¡Pues bien, Morok! Se aproxima el trece de febrero, y es preciso que ese Santiago Rennepont desaparezca. Que se le encarcele... ¡que se le suprima si no hay otro medio! Hay que apelar a todos los recursos con objeto de evitar que pueda acudir a la calle de San Francisco.

MOR. Pero, ¿es que ese Duerme en cueros sabe lo representa esa medalla que guarda en su poder?

ROD. ¡Hasta ahora, no! ¡Pero temo que la casualidad pueda dárselo a conocer! ¡Al facilitarle ese dinero, se ha querido precipitar su ruina... su desaparición!... ¡Es un jugador! Un perdido... y en una riña... en un encuentro...

MOR. ¡Descuidad, maestro! Sé lo que hay que hacer.

ROD. Además, no hay que perder de vista al abate d'Aigrigny. El populacho anda revuelto, y es fuerza aprovechar cualquier circunstancia, cualquier accidente que sobrevenga, para que me deje libre el campo.

MOR. ¡Descuidad, señor Rodín! Dentro de un momento se hallarán aquí mis agentes secretos. Yo os aseguro que hoy os veréis libre de ese Santiago y del famoso abate, si asiste a la cita con el barón Tripeau...

ROD. Asistirá... ¡no lo dudes!... No olvides que nuestras gentes han propalado el rumor de que los ricos envenenan las aguas y los manjares para acabar con el pobre pueblo... y si fuera posible...

MOR. ¡Ah! ¡Qué idea!... ¡Dejadme a mí! Cuento con los Devoradores. Ellos, gracias al oro de la Compañía, asaltaron y redujeron a pavesas la fábrica de Mr. Hardy; con ellos puede intentarse todo, y en cuanto lleguen y se presente ocasión... (Se ozen carcajadas y ruido al foro.) ¡Mirad! ¡Ya está aquí esa canalla!... Retirémonos, maestro. (Se retiran al foro.)

ESCENA II

Varios hombres traen a LA JIBOSA en triunfo.

UNO ¡Viva la Venus de Milo!...
TODOS ¡Viva!
OTRO Sólo que lo que a aquella le falta de brazos, le sobra a ésta de «chepa».
VARIOS ¡Ja, ja, ja!
UNO ¡Vivan las buenas mozas!
OTRO ¡Y las reales hembras!
LIS. ¡Por caridad; yo os lo ruego! ¡No me hagáis daño! ¡Yo no he hecho mal a nadie!... ¡Dejadme, por favor!... ¡Soltadme!... ¡Soltadme!
UNO ¿Que no has hecho mal a nadie con tu hermosa figura? ¡Parece mentira!... Si eres una preciosidad...
OTRO ¡Capaz de volver loco a cualquiera!
TODOS ¡Ja, ja, ja!
LIS. ¡Dejadme, os lo suplico! ¡Me estáis martirizando!... ¡Tened piedad de mí! ¡Sed buenos!... ¡Compadeceos de esta desgraciada!
OTRO ¿Desgraciada? ¡Pues aquí te haremos feliz!... ¡Viva la alegría! ¡Seca esas lágrimas, y ahora mismo vas a bailar!
LIS. ¡No, no! ¡Soltadme!
UNO ¡Arrimad esa mesa!
VARIOS ¡Sí, sí! ¡Que baile la jorobeta!
LIS. ¡Dagoberto! ¡Agrícola! (Desesperada.)

ESCENA III

Dichos, DUERME EN CUEROS, CEFISA y otros.

DUER. ¡Eh! ¿Qué diablos estáis haciendo, compañeros?
UNO Ya está aquí Duerme en cueros...
LIS. (Corriendo a sus brazos.) ¡Cefisa! ¡Hermana!
CEF. ¡Liseta! ¿Tú aquí?
UNO ¡Cómo! ¿Es su hermana?

DUER. ¡Liseta!

LIS. ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!

CEF. Pero, ¿cómo ha sido?...¡Estás demudada!

DUER. ¿Qué ha sucedido?

LIS. ¡Nada! ¡No ha sido nada! ¡Tenía precisión de verte... a ti, hermana mía!... ¡y a ti... Santiago!

CEF. ¡Pero si apenas puedes tenerte en pie!

LIS. ¡El cansancio... nada más! Después, esos hombres...

DUER. Esos hombres... ¿qué?... (Impaciente.)

MOR. ¡Ea! ¿bailas o no bailas?

VARIOS ¡Sí, sí! ¡que baile la jorobeta!

LIS. ¡Ay, hermana! (Asustada.)

DUER. ¿Pero qué os proponéis?

UNO Queremos que baile esa alimaña!

OTRO ¡Queremos que baile!

DUER. ¡Ah! ¡Queréis que os divierta! ¡Y son los hombres que por su valor se apellidan «Devoradores» los que hacen mofa de una desgraciada! Pues os advierto que al que se atreva a tocarla siquiera el pelo de la ropa se encontrará con la punta de mi cuchillo!

UNO Es que...

DUER. ¡Basta!... ¡Que traigan vino, y mejor haréis en beber a su salud! ¡Yo lo pago!

VARIOS ¡Viva Duerme en cueros! ¡Eh! ¡Hostelero! ¡Vino en abundancia! (Lo traen.)

DUER. ¡Cefisa! ¡Tu hermana desfallece!... ¡Llevémosla al interior! ¡Ayúdame!

CEF. ¡Mi pobre Liseta!...

ESCENA IV

Dichos, bebiendo, menos Duerme en cueros, Cefisa y Liseta

MOR. ¡Ja, ja, ja! ¡Esos son los hombres!... ¡Por vuestra cobardía nos hemos quedado sin diversión! ¡Sois un atajo de mujerzuelas, y haréis perfectamente en trocar la navaja por la rueca!... ¡Ja, ja, ja!...

UNO. También estabas tú aquí.

MOR. ¡Sí, estaba! ¡Pero la cosa no iba conmigo! ¡Y os llamáis Devoradores! ¿Devoradores de qué?... ¿De carne muerta?... ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA V

Dichos. ROSA, POMPÓN, NINÍ y otros.

UNO ¡Ea! ¡Ya estamos aquí! ¡Hostelero!

HOS. ¿Qué se ofrece?

NINÍ ¿No ha venido Duerme en cueros?

HOS. ¡Ahí dentro está, con la reina Bacanal, y de su cuenta corre lo que se está bebiendo!

NINÍ ¡Pues danos unas botellas de lo tinto!

UNO (Viendo a Santiago que sale.) ¡Ya está aquí nuestro hombre! ¡Viva Duerme en cueros!

DUER. ¡Ea! ¡No seáis tontos, y a beber! ¡Os he invitado porque aun me quedan veinticinco luises que gastar para lo que resta del día! Conque no hay que apurarse y que traigan vino! ¡Mucho vino!

VARIOS ¡Sí, sí!

OTRO Falta la reina Bacanal.

NINÍ ¡Es verdad!

DUER. ¡No os apuréis; no tardará en venir! ¡Ea! ¡Brindemos!

NINÍ ¡Por Duerme en cueros!

VARIOS ¡Viva!... ¡viva!

DUER. (A Morok.) Y vos... ¿no bebéis?

MOR. ¡Yo sólo brindo a la salud de aquellos a quienes conozco, y que llevan un nombre cristiano! Y no me negaréis que el apodo de Duerme en cueros...

DUER. ¿Ah, sí? Y vos... ¿cómo os llamáis?

MOR. ¡Bruno Renard!

DUER. Pues voy a complaceros a mi vez, y a revelaros mi nombre, aun cuando hice solemne promesa de no usarlo durante mi vida de crápula. Creo que no vacilaréis en brindar con Santiago Rennepont!

MOR. ¡Ja, ja, ja!

NINÍ ¿Rennepont? ¿Te llamas Rennepont?

DUER. ¡Cuanto de más Rennepont hay en el mundo!...

MOR. Si creerás descender de los condes de Rennepont, acaso?

DUER. ¿Y cómo he de creer eso cuando mi padre era trapero?

NINÍ. En todo caso, no lo eres tú, porque en los pocos días que te conozco has gastado con nosotros unos millares de francos; ¡y no sé yo que los trapos den para tanto!

MOR. Habrá tropezado su gancho con un fajo de billetes de Banco.

NINÍ. ¡Eso es!

DUER. ¡Pues no es eso!... ¡Es que estoy derrochando una herencia de... no sé quién!

ROSA ¡Ay, que bonito! ¡Venga ese cuento (**Acomodándose alrededor de la mesa.**)

DUER. ¡Es una historia! Pero bebamos antes, porque se me pega la lengua al paladar!

NINÍ ¡Eh! ¡Hostelero! ¡Más vino!

HOST. ¡Allá va! (**Trae unas botellas.**)

DUER. Pues figuraos que mi padre, al morir, me dejó por todo capital unos viejos papeles escritos en inglés, una medalla de bronce, que llevo colgada al cuello por mandato del pobre viejo antes de morir, un mal camastro, una mesa, dos sillas desvencijadas y el gancho de trapero con su cesto.

VARIOS ¡Bonita herencia!

MOR. (¡Ah! ¡Lleva la medalla!) La fortuna proteje siempre a los buenos mozos!... (**Con sorna.**)

UNO ¡Eh! ¡Callad vos! Prosigue, Duerme en cueros...

DUER. Yo no sé por donde se enteró un prestamista de que yo poseía aquellos papeles, pero es lo cierto que una noche se presentó en mi casa, y después de examinar los documentos dijo que se trataba de una herencia; y que si se los entregaba, aunque el negocio era dudoso, no vacilaría en prestarme

sobre ellos diez mil francos en buenos luises.

UNO ¿Y sobre la medalla?...

DUER. ¡No hablamos de ella! ¡Acepté! Me hizo firmar yo no sé qué documento, me entregó un puñado de monedas de oro, que son las que nos estamos bebiendo, y en cuanto se acaben, iré por más, y ya veremos por donde salimos. ¡He aquí todo!

VARIOS ¡Viva la herencia de Duerme en cueros. ¡Viva!

MOR. ¡Joven! Tenéis una inventiva que haría honor a uno de nuestros grandes novelistas!

DUÉR. (Asombrado.) ¿Qué queréis decir con eso?

MOR. ¡Que cuanto nos habéis contado no es más que una sarta de embustes!..

DUER. ¿Qué decís? (Furioso.)

MOR. ¡Que hace mucho tiempo que os conozco, y que esa farsa de la herencia es un bonito recurso para ocultar vuestra profesión de monedero falso.

DUER. ¡Miserable!... (Dándole una bofetada.)

VARIOS ¡Eh! ¡Basta! Todo es una broma.

MOR. ¡Vive Dios!... (Saca un cuchillo.)

HOS. ¡A la calle!... ¡Comprometéis el establecimiento! ¡A reñir a la calle!

DUER. ¡Sí! ¡Es verdad! ¡Salid!

MOR. ¡Salid vos delante! (Salen todos en tumulto.)

HOS. ¡Si se enteran los agentes de la prefectura van a cerrar el establecimiento! (Queda por un momento la escena sola.)

ESCENA VI

CEFISA y LISETA por la izquierda.

CEF. Me parecía haber oído... ¿Qué es eso? ¿no hay nadie?... ¡Mejor! Prefiero que no te vean salir de esta casa; así no te harán objeto de sus burlas, ¡pobre hermana mía!,... ¿Decías antes?...

LIS. Que ese pobre soldado... el honrado Dago-

berto, se halla preso, y que exigen para soltarle una fianza de veinticinco luises!... No sabía a quien acudir, y vengo a ti para que me ayudes a salvar a ese anciano, pues con su prisión quedan sin amparo dos inocentes niñas... ¡Dos ángeles!... a quienes persiguen gentes poderosas...

CEF. ¡Le salvaremos, pobre hermana mía! Siempre tan buena, tan virtuosa, y yo... ¡pero no me aborrezcas por la vida que llevo! ¡Liseta mía!.. ¡Tú sabes que me entregué al vicio huyendo del hambre... de los horrores de la miseria!

LIS. ¡Pero si yo no te acuso, Cefisa!... ¿Qué mérito ha sido el mío si no he seguido tu misma senda?... ¡Seducida por el primero de tus amos, tu hermosura te puso al borde del abismo!... En cambio, ¿quién había de fijarse en mi figura repugnante?... ¡No te culpes, Cefisa!... ¡Resistir en tu situación, hubiera sido heroico!... En la mía, en cambio...

CEF. ¡Tienes un corazón de ángel, Liseta!

LIS. Cuando nos abandonaste, lloré mucho... ¡mucho!... ¡y continuamente he rogado a la Virgen para que regresaras a nuestro lado y para que fueras feliz!

CEF. ¡Feliz!... ¡a vuestro lado!... ¡No, no!... ¡Esa es una dicha vedada para mí!... ¡Déjame entregada a esa agitada vida! ¡Cometí la primera falta, y las demás no son sino consecuencia de aquélla! ¡Feliz yo, viéndome obligada a fingir caricias; a vender mi cuerpo, viviendo entre esa canalla despreciable!... ¡Ya me es imposible retroceder en el camino emprendido!... ¡Amo a Santiago... ¡le amo!... ¿comprendes?, y seguiré su suerte, sea la que sea! ¡Con él iré hasta el patíbulo si es preciso!

LIS. ¡Pero si tú eres buena!...

CEF. ¡Tal vez!... Hay momentos en que lloro amargamente, sobre todo cuando me acuerdo de ti y de nuestra pobre madre, cuya

muerte causé, y entonces pasa por mi mente la idea del suicidio... ansío morir...!

LIS. ¡No, Cefisa, no!... ¡El suicidio es un crimen que castiga Dios!... ¡Eres aún muy jóven! ¡Ten confianza! acaso no esté lejos el día... (Tumulto y voces dentro.)

VOC. ¡A la taberna!... Entrarle ahí...

LIS. ¿Qué es eso?... ¿Por qué gritan de ese modo?

CEF. ¡No te asustes, pobre hermana mía! ¡Son consecuencias del ambiente que aquí se respira!

DUER. (Dentro y en voz apagada.) ¡Cefisa! ¡Cefisa!

CEF. ¡Cielos!... ¡Es la voz de Santiago!... (Corre hacia la puerta, a tiempo que asoma un grupo de hombres conduciendo en brazos a Duerme en cueros.)

ESCENA VII

TODOS

UNO. ¡Con mucho cuidado!... ¡Aquí!...

CEF. ¡Mi Santiago!... ¡Muerto!... ¡Quién ha sido el infame!...

LIS. ¡Gran Dios! ¡Qué desgracia!

DUER. ¡Pobre... Cefisa mía!...

CEF. ¡Le han asesinado!... ¡Santiago!

NINÍ ¡No! ¡Ha sido en riña con una fiera; con un demonio del infierno!

CEF. ¿Quién es?... ¡Que yo te vengue, Santiago!

DUER. Me ha robado... la... medalla... He sentido arrancármela del cuello... Y ha exclamado, al herirme...: «¡Un Rennepont menos!» ¡Ladrón!... ¡infame!

LIS. ¡Ah! ¡Rennepont! ¿Te llamas Rennepont? ¿Y en esa medalla había una fecha grabada?

DUER. ¡Sí! El trece de febrero... ¡Agua! ¡Me ahogo!... ¡Cefisa!... ¡Ah!... (Muere.)

CEF. ¡Santiago de mi alma! ¡Muerto!

LIS. ¡Muerto, sí! ¡Pero yo te juro sobre su cadáver que le vengaremos, hermana! ¡Conozco a sus asesinos!...

TELÓN RAPIDO

CUADRO II

Decoración partida: a un lado, calle. Al otro, interior de una iglesia. Altar al fondo con una gran imagen del Cristo; una verja cierra la capilla en que se halla el altar. Puerta grande que comunica con la calle a la izquierda del actor. Lámpara que cuelga del techo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

EL ABATE GABRIEL está orando de rodillas, de cara al altar, al levantarse el telón. Después de un momento se ve llegar corriendo al SACRISTAN; llama a la puerta de la iglesia, y Gabriel abre Durante esta escena se oirán, aunque confusamente, los gritos de los amotinados, pero sin interrumpir el diálogo.

GAB. ¡Entrad! ¡Entrad, hermano!

SAC. ¡Ay! ¡Padre Gabriel! ¡Vengo muerto de miedo! ¡Cómo está París! ¡Arde en motines!

GAB. ¿Qué sucede, hermano?

SAC. ¿Qué sucede?... ¡Pues...casi nada!... Ya sabéis que desde hace unos dias se ha declarado la peste, y el populacho, al ver que se mueren como moscas, ha dado en decir que la gente de iglesia envenena las aguas y los manjares, y hace un momento, en la calle del Infierno, han asesinado a un infeliz en cuyos bolsillos le han encontrado una botella de láudano!...

GAB. ¡Qué horror! ¡Dios mío!

SAC. ¡Como todas las fábricas están cerradas, la miseria es espantosa, y los obreros corren hambrientos cometiendo mil desafueros! En la calle del Arbol Seco han colgado de un farol a un infeliz por el solo delito de llevar consigo un frasco de esencias, que aspiraba al cruzar por aquellos sitios mal olientes.

GAB. ¡Cuántos horrores!

SAC. ¡Corren como fieras, dando aullidos de muerte, pidiendo pan para sus hijos, y maldiciendo de Dios, que así los abandona! ¡Y Dios no los castiga por blasfemar así! «¡Liberanos dominé!»...

GAB. ¡Infelices descarriados! ¡El pueblo es un niño, que obedece siempre a sus perversos instigadores!... ¡No! ¡El hombre no nació para sufrir!... ¡Pero esos desgraciados, privados de toda alegría, de toda esperanza, que tienen hambre y frío, que carecen de vestidos y de pan en medio de las inmensas riquezas que el Criador ha dispensado para la felicidad de todos, ven que algunos, por la astucia o por la fuerza, se han apoderado de la herencia común, ¡y por el egoísmo de unos pocos se hallan sumidos en la más espantosa miseria!... ¡Señor! ¿Cuándo brillará el día de tu justicia infinita para los humildes, para los infelices hijos del trabajo, víctimas de la opresión del más fuerte?... ¿Cuándo finirá la era de las iniquidades humanas? **Rumores.)**

SAC. ¿No oís? ¿No oís, padre Gabriel?... ¿Si vendrán a asaltar la iglesia?... ¡Ay! ¡yo me muero de miedo!... Vámonos, padre, vámonos, si aun es tiempo!...

GAB. ¡No!... ¡Orad!... ¡Orad conmigo para que Dios se apiade de las víctimas... y de los verdugos!... ¡Orad, hermano!... **(Se arrodillan ante el altar. Pausa. Va creciendo el tumulto.)**

ESCENA II

EL ABATE D'AIGRIGNY, disfrazado de obrero, viene desde el foro, sosteniéndose trabajosamente. Grandes manchas de sangre en su traje y cara

ABATE ¡No puedo más!... ¡Me faltan las fuerzas!... ¡Me siento morir!... ¡Socorro!... ¡Socorro!... **(Golpeando la puerta.)**

SAC. ¡Llaman, padre!... ¡Ay! ¡aquí perecemos!... ¡Mea culpa! ¡mea culpa!... ¿Qué vais a hacer, padre Gabriel? ¿Abrir?

GAB. ¿No habéis oído que pedían socorro?

SAC. ¡Sí! Pero Dios nos manda...

GAB. ¡Nos manda, ante todo, socorrer al que sufre!... **(Va a abrir.)**

SAC. ¡Ah! ¡no! Pues yo no siento vocación de mártir. ¡Dios me perdone! (Se interna en la iglesia.)

GAB. ¡El abate d'Aigrigny!... ¡Gran Dios!... (Al abrir la puerta cae el Abate en sus brazos: lo reconoce, oye los gritos de los amotinados y lo deja desmayado en el suelo. Luego atranca la puerta. En el momento de abrir, los amotinados asoman por el foro.)

PEÓN ¡Ved que se nos escapa!... ¡Hay que acabar con el envenenador!

TODOS ¡Muera! ¡Muera! (Gabriel conduce al Abate tras de la verja del altar.)

UNO ¡Se ha metido en la iglesia!

PEÓN ¡Hay que derribar esa puerta, y si no cede, pegaremos fuego al edificio!

GAB. (Abriendo la puerta después de cerrar la verja.) ¿Qué queréis, buenas gentes?

PEÓN ¡Queremos que nos entregues al perillán que ha entrado ahora mismo!

GAB. ¡Ese desgraciado está mal herido! ¡Perdón para él, hermanos míos!...

UNO ¡No hay perdón para los envenenadores!

GAB. ¡Sed humanos!... ¡Sed justos!

PEÓN ¡Eh! ¡Abajo los solideos!

UNO ¡Se encuentra en la iglesia el criminal!

OTRO ¡Entremos en ella!

TODOS ¡Adentro!... ¡Adentro!... (Gabriel se coloca frente a la verja.)

GAB. ¡Deteneos! ¡Pobres insensatos!... (Se atropellan.)

UNOS ¡Muera el envenenador!

OTROS ¡Muera!... (Entran en la iglesia, y en el momento se quedan silenciosos por la santidad del lugar.)

PEÓN ¿Dónde está? (En voz contenida.)

UNO ¿Se habrá fugado? (En voz contenida.)

GAB. ¡Habéis hollado la santidad del templo, de la casa de Dios, que murió por la redención del humilde, persiguiendo a un hombre que decís que es culpable!... Le habéis juzgado sin testigos... ¿qué importa?... Le acusáis, y debe morir, ¿no es cierto?

PEÓN ¡Sí! ¡que muera!

VARIOS ¡Muera!

MOR. ¡Queremos la sangre del envenenador!

PEÓN ¡Adelante, compañeros!

GAB. ¡No! ¿Para qué tantos para acabar con un moribundo?... ¡Venid vos... vos solo! (Al peón.) ¡Ahí tenéis a la víctima! ¡Está condenada!... ¡Heridla!... ¡Asesinadla!...

PEÓN ¡No! ¡Yo solo, no!... ¡Yo no soy verdugo!

UNOS ¡Tiene miedo!

MOR. ¡Cobarde!

PEÓN ¡Si hay alguno más atrevido que yo, que entre a darle el golpe de gracia!... ¡Yo no soy asesino!...

GAB. ¿Es que os asusta el crimen? Es que una voz interior os dice que ese infeliz acaso tenga hijos que sufren; una madre amantísima que le espera; una esposa digna de respeto y de veneración.

MUJ. ¡Tiene razón el padre! (Lamento del Abate.)

OTRA ¡Se queja, señor cura!... ¿Está muy malo?... ¡Déjenos entrar; nosotras le asistiremos!... (Entran mujeres en el altar.)

GAB. ¡Así, hijos míos; así... Dejad que hable vuestro corazón; el hermoso corazón del pueblo que sufre y siente compasión por los que sufren como él y que como él padecen. (Suena el órgano dentro.) ¡Hermanos míos!... ¡Demos gracias al Señor, que ha trocado en bondad piadosa vuestros furores!... ¡Vedle en ese altar! El, trino y uno, se sacrificó por redimir a los oprimidos, y murió exclamando: «Amaos los unos a los otros». ¡De rodillas ante el Divino Redentor de los débiles y de los oprimidos! ¡De rodillas!... (Música hasta el final. Cuadro. Formando un artístico grupo. Al fondo, las mujeres sosteniendo al Abate desmayado. Gabriel en el centro. Los amotinados, de rodillas, excepto Morok, que desaparece silenciosamente por la calle.)

TELÓN

ACTO SEXTO

Salón en el palacio de Adriana de Cardoville, Por el fondo se ve el jardín. Puertas laterales, dos a cada lado; muebles lujosos. Canapé amplio en primer término izquierda. Es de día.

ESCENA PRIMERA

RODÍN ROSA y BLANCA, sentadas ellas en el canapé; él apoyado en el respaldo.

ROSA ¿Pero es verdad lo que nos estáis contando? ¿que la peste causa en París tantos estragos, señor Rodín?

ROD. ¡Oh, sí! Muchos; y sobre todo en la gente pobre y desvalida. Mirad, ¡hace un momento, recorriendo yo los barrios del Temple, he visto un espectáculo que me ha conmovido!

BLAN. ¡Contadnos! ¡Contadnos qué ha sido!

ROD. Dos hermosas señoritas, que iban repartiendo socorros entre los necesitados, han recogido en su carruaje a una pobre mujer atacada de la peste, y la han conducido al hospital del Hotel Dieu!

BLAN. ¿Sin temor al contagio?

ROSA. ¡Qué valerosas!

ROD. ¡Sí! Efectivamente; su acción es digna de las mayores alabanzas, ¡pero eran dos almas verdaderamente cristianas, y el mal no ataca a los que tienen fe en Dios! ¡Qué hermosas

estaban!... ¡Las lágrimas acuden a mis ojos recordándolo!...

ROSA ¡Hermana mía! ¡Y si nosotras imitáramos ese ejemplo de piedad cristiana!...

ROD. ¿Qué decís?... ¿Seríais capaces de...? ¡Qué horror!

BLAN. ¿Por qué os asombráis? Nuestra santa madre, que está en el cielo, nos enseñó a querer al humilde, a auxiliarle en sus trabajos; a mitigar sus penas.

ROSA Si vos nos acompañarais...

BLAN. Sí; junto con vos...

ROD. ¿Qué decís? ¿Acaso no recordáis que Dagoberto nos ha prohibido salir de aquí?

ROSA ¡Oh! ¡Pero acompañadas por vos, no opondría obstáculo a esta obra de caridad! ¡Nuestra madre nos bendecirá desde el cielo!

BLAN. ¡Sí! ¡Mirad!... Aquí están los luíses que nos ha regalado nuestra prima Adriana; ¿en qué mejor podemos emplear ese dinero que en socorrer a los pobres enfermos? (Sacandolos de un mueble cualquiera.)

ROSA ¡Vamos! ¡Decidíos!

BLAN. ¿Queréis? ¿Sí?

ROD. ¡Ah! ¡Sois dos ángeles, hijas mías!

ROSA ¡Consiente, hermana, consiente!... ¡Vamos a quitarnos estas galas para no insultar la desgracia ajena! Vos, mientras, disponed lo necesario para esta benéfica escapatoria, y antes de que se enteren estaremos de vuelta. ¿Sí?

ROD. ¡Sea como queráis! Sería cruel oponerme a los impulsos de vuestro corazón.

BLAN. ¡Ah! ¡Qué bueno sois! ¡Un beso!...

ROSA ¡Vamos, hermana! (Se van por la izquierda.)

ESCENA II

RODÍN, ROMÁN, y luego FLORINDA.

ROD. ¡Ah! ¡Por fin!... ¡Conseguí mi objeto! ¡Román! ¡Román! (Llamando.)

ROM. ¿Señor Rodín?...

ROD. Que enganchen inmediatamente la berlina; ¡Llama a Florinda, y venid los dos! (Se va Román.) ¡El abate me dice en su carta que a causa de un accidente sufrido ayer no puede asistir hoy a este palacio como le decía!... El imbécil Morok no acabó ayer con él... ¡Ah! ¡Pero lo diferido no es perdido!... (Durante esta escena y la siguiente no cesará de mirar receloso a todas partes.)

FLOR. ¿Me llamabais, señor Rodín?

ROD. ¡Sí! ¡Y a vos también, Román!... Escuchad: Yo saldré dentro de un instante con las dos huérfanas a practicar una obra de caridad entre los pobres del distrito, lo que vos, Florinda, comunicaréis a la señorita Adriana en cuanto regrese. ¿Habéis entendido?

FLOR. ¡Perfectamente, señor Rodín!

ROD. ¡Pero no es eso todo! Esta misma tarde vendrá a este palacio el príncipe Djalma, primo de la señorita Adriana...

ROM. ¿El que ayer mañana estuvo aquí?

ROD. ¡Precisamente! ¡Oid! Cuando llegue, la señorita habrá salido... ¡no lo dudéis!... ¡Conozco el corazón humano!... Diréis al príncipe que la aguarde en este salón; luego... ¡Oid atentamente!... Vos, Florinda, procuraréis arreglaros de modo que el príncipe os confunda con vuestra señora, y en unión de Román, dentro de su cuarto tocador, que es ese, procuraréis representar una escena de pasión para que el príncipe no dude de la liviandad de la condesa Adriana.

FLOR. Pero si enfurecido el príncipe...

ROM. ¡Ponemos la vida en peligro!

ROD. ¡Nada temáis! ¡Yo os lo afirmo! Además: ¿preferís a ese peligro ilusorio el que presente a la justicia ciertos documentos?... ¡Elegid!

FLOR. Se hará lo que mandáis, señor Rodín.

ROD. ¡Idos! Pero no olvidéis que la Compañía tiene las garras demasiado largas para que deje de castigar una felonía. ¡Ved si está el coche! (**A Román, que saluda y sale por el foro. Florinda entra en el tocador, primera de derecha.**) ¡Ah! Que la suerte me ayude, y el trece de febrero lucirá sólo para Gabriel de Rennepont!

ESCENA III

Dicho. ROSA y BLANCA por la izquirda.

ROS. ¡Cuando queráis, señor Rodín!

ROD. Pero, ¿persistís en vuestra idea?

BLAN. ¡Sí, amigo mío! ¡Hemos orado un momento ante una imagen de la Virgen, y nuestra madre nos ha bendecido!

ROM. ¡La berlina espera, señor! (**Desde el foro.**)

ROSA ¡Pues vamos! ¡Vuestro brazo!

BLAN. ¡Y yo el otro!...

ROD. ¡Locuelas!... ¡Haréis de mí cuanto os plazca! ¡Salgamos por la calle de Babilonia! (**Salen por la primera izquierda.**)

ESCENA IV

FLORINDA, después ADRIANA, en traje de calle, por el foro.

FLOR. ¿Ese terrible Rodín habrá pronunciado mi sentencia de muerte?... ¿Qué hará el príncipe indio al creerse engañado por la mujer que ama?... ¡Ah! ¡Tengo tristes presentimientos!... ¿Si no hiciera lo que ha mandado?... ¡Imposible!... ¡El que ha sido una vez culpa-

ble no puede tener voluntad! ¡Es el esclavo del que conoce su secreto! ¡Ah! la señorita! (Viéndola.)

ADRI. ¿Ha venido alguien, Florinda?

FLOR. ¡Nadie, señora!

ADRI. ¡Es extraño!... Son las cuatro y el príncipe debiera haber llegado ya! ¿Y las niñas?

FLOR. ¡Han salido, señorita!

ADRI. ¿Han salido? (Sorprendida.)

FLOR. ¡Sí! ¡Con el señor Rodín!... ¡Las señoritas le han obligado a que las acompañara! ¡Han salido en coche!

ADRI. ¡Ah! ¡Me habíais asustado!... ¡Si han salido con Rodín, me tranquilizo! Y... ¿sabéis a dónde han ido?

FLOR. Creo haber oído que a repartir limosnas entre los pobres apestados del distrito.

ADRI. ¡Es un rasgo hermoso; pero es a la vez una imprudencia!... Sus débiles naturalezas pueden ser propensas al contagio, y... me contraría esa salida, Florinda!

FLOR. ¿Si la señorita quiere que salgan en su busca?...

ADRI. ¡No! Esperemos aún. ¿Hace mucho tiempo que han salido?

FLOR. Un rato tan sólo.

ADRI. ¡Bien! Déjame; y si llegara el príncipe...

DAGO. (Dentro.) ¡Es preciso que hable ahora mismo a la señora condesa!

ADRI. ¡Ah! ¡es el anciano soldado!... ¡Haced que pase en el acto! (Sale Florinda.)

ESCENA V

ADRIANA, DAGOBERTO con una carta.

DAGO. ¡Gracias, señorita! ¡Gracias! Necesitaba hablaros, y yo os suplico que me perdonéis la brusca manera de...

ADRI. ¡No, amigo mío, no! ¡No necesitáis perdón! Pero, ¿qué os sucede? ¡Me parecéis alterado!... ¡Estáis pálido!...

DAGO. ¡Ah! ¡señorita! Es que acabo de recibir esta carta del mariscal Simón...

ADRI. ¡De mi tío!

DAGO. De vuestro excelente tío, y estoy desconcertado. Ved lo que dice en ella: «Mi digno y fiel amigo Dagoberto: Un asunto urgente reclama tu presencia a mi lado. Ponte en marcha inmediatamente; el dador te mostrará el camino. Confía mis hijas a tu buena mujer, la cual velará por ellas. Oculta a todos tu salida. Se trata de una conspiración por el Emperador. Mi vida está en peligro. Te espero.—*Simón*.»

ADRI. ¡Ah! ¿Y es del mariscal esa carta?

DAGO. ¡Sí, señorita! ¡Conozco su letra!... ¿Qué sucederá? ¡Dios mío!

ADRI. ¿Os pondréis en camino, Dagoberto?

DAGO. ¡Sí, señorita! ¡inmediatamente!... Quiero al señor mariscal como a un padre; le debo la vida, y la suya es sagrada para mí... En cuanto a sus hijas... ¡sólo darles un beso y partir!...

ADRI. ¡Han salido, amigo mío!

DAGO. ¿No están en vuestra casa? Entonces...

ADRI. ¡Tranquilizaos! Han salido en compañía del señor Rodín. Nada temáis.

DAGO. ¡Ah! Señorita!... ¡No extrañéis mi sobresalto! ¡Pero temo siempre que me las arrebaten de nuevo! ¡Sus enemigos son poderosos!...

ADRI. ¡Yo sabré velar por ellas; os lo juro!

DAGO. ¡Adiós, señorita, y que el cielo os premie el bien que nos hacéis a todos! ¡Adiós!... ¡Y besad por mí a... mis hijas!

ADRI. ¡Sí, pobre Dagoberto! ¡Decís bien: a vuestras hijas, que os aman como a un padre! ¡Adiós!...

DAGO. ¡Adiós!... (**Duda, se arrodilla; besa la orla de su vestido, y sale exclamando:** ¡Bendita! ¡Bendita seáis!

ADRI. (**Viéndole partir.**) ¡Corazón noble!... ¡Cuán grande es su cariño!... ¡Ese pobre anciano merece ser feliz!... (**Llama a la campanilla.**)

ESCENA VI

Dicha y FLORINDA. Luego ROMAN.

FLOR. ¿Llamaba la señorita?

ADRI. ¿Ha venido alguien?

FLOR. La doncella de la señora princesa de Saint-Dizier ha preguntado cuando podrá la señorita celebrar una entrevista con ella.

ADRI. ¡Mandaréis recado de que me aqueja una fuerte jaqueca! ¡Que ya avisaré!

ROM. ¡Señorita! ¡Esta carta urgente!

ADRI. (Después de leerla.) ¡Gran Dios!... ¡Rosa y Blanca se han sentido gravemente indispuestas en el hospital del Hotel Dieu!... (A Román.) ¡Que enganchen a escape!... ¡No hay tiempo que perder!... ¡Pronto!... ¡Dios quiera que llegue a tiempo!... ¡Florinda! ¡Si viniera el príncipe Djalma, entregadle esta carta del señor Rodín!... ¡Ella se lo explicará todo! ¡Suplicadle que espere!... ¡Haced que no sea tarde, Dios mío! ¡Por aquí! (Sale por la 1.ª izquierda. Florinda, en cuanto desaparece Adriana, se queda un momento junto a la puerta. Luego, al sentir el ruido del carruaje que se aleja, entra precipitadamente por la segunda puerta de la izquierda, y sale vistiendo una rica bata de Adriana. Se compone el peinado ante uno de los espejos, siempre mirando con recelo hacia la puerta del foro. Cuando ha terminado, mira por el foro hacia el exterior, y entra corriendo por la primera puerta del tocador, diciendo:)

FLOR. ¡Ha llegado el momento!...

ESCENA VII

DJALMA; ROMAN, por el foro.

ROM. ¡Perdonad, príncipe!... ¡Pero la señorita Adriana no puede recibiros en este momento, y espera que os dignéis aguardar en este salón!...

PRÍNCI. ¡Decidle, amigo mío, que esperaré con ansia

el momento de besar su mano! ¡Tomad! (Le da una sortija.)

ROM. ¿El señor tiene algo que mandarme?

PRÍNCI. ¡No! ¡Podéis retiraros!... (Pausa. El príncipe inspecciona la habitación. ¡Aquí respira esa mujer a quien adoro!... ¡Ese ángel de luz, que con los rayos de sus ojos ha logrado inflamar mi corazón, haciendo que germine en él el único amor de mi vida!... (Pausa.) Nacido entre las selvas, jamás sintió mi pecho el dulce embeleso del amor purísimo que hoy siento en mí, avasallador, inmenso, y por el cual daría cien veces esta vida despreciable que arriesgué en el desierto. (Pausa.) ¡Y ella me ama! ¡Sí! me ama. ¡Al posar ayer sus labios en los míos, bebí en ellos todo un mundo de felicidad; una eternidad de dicha en un momento. ¡Ah! ¡Adriana!... ¡Adriana mía!... ¡Que no comprendo la vida sin ti!... ¡Que este amor es locura... delirio!...

FLOR. (Dentro: riendo continuamente.) ¡Ja, ja, ja! ¡Rogelio! (Rumor de besos.)

PRÍNCI. ¡Ah!... ¿Qué es eso?... ¡Condenación!... (Se acerca a la puerta primera.) ¡Es ella!... ¡Sí! ¡Ella!... ¡Un hombre a su lado!... ¡Ah!... (Saca un puñal del bolsillo del pecho, y entra por la primera derecha. Se oye un grito de muerte que da Florinda, al tiempo que por la segunda izquierda sale horrorizado Román, y desaparece por el foro. Djalma sale de nuevo a la escena, con el rostro desencajado.) ¡Muerta! ¡Muerta, sí!... ¡Pérfida!... ¡No gozarás ya más de tu culpable amor!... (Pausa.) ¡Muerta!... ¡Y he sido... yo... que la amaba tanto!... ¡tanto!... (Llorando.) ¡Mísero de mí, que sigo amándola con locura!... ¡Acabe con mi vida este veneno, y cese ya el dolor por la mujer amada y los terribles remordimientos que me torturan! (Bebe un veneno que llevaen una sortija.) ¡Adriana!... ¡ídolo de mi vida!... ¡Pronto me hallaré a tu lado en otro mundo mejor!... ¡Qué angustia tan horrible!... ¡Ah! (Cae desvanecido sobre el canapé.)

ESCENA VIII

Dicho y ADRIANA

ADRI. ¡Florinda!... ¡Román!... ¿Qué significa esto?... ¡Ah!... (Viéndole.) ¡Príncipe! ¡Primo mío!... ¿Qué os sucede? ¿Qué mortal palidez cubre vuestro rostro?... ¡Hablad!... ¡No pude acudir a tiempo a vuestra cita! ¡Perdonadme!

PRÍNCI. ¿Vos? ¿No estáis herida?...

ADRI. ¿Herida yo?... ¿Por qué decís eso?... ¡Deliráis!

PRÍNCI. ¿No os herí al sorprenderos en brazos de vuestro amante?

ADRI. ¿Qué monstruosa intriga es ésta? ¡Hablad, primo mío! ¡Hablad!... ¡Yo nada sé!...

PRÍNCI. ¡Allí!... ¡Mirad!... ¡Allí!... (Señalando el tocador.)

ADRI. ¿Qué decís? (Yendo allá.) ¡Ah! ¡Qué horror!... ¡Mi doncella Florinda asesinada!... ¡Cuánta sangre!...

PRÍNCI. ¡No me maldigáis!... ¡Adriana!... ¡Os creí perjura!... ¡Os adoraba, y mi salvaje naturaleza esgrimió el puñal!... ¡Creí haberos dado muerte... y quise morir!...

ADRI. ¡Qué habéis hecho, Djalma!

PRÍNCI. ¡Probaros mi amor inmenso!... ¡Os vi exánime y quise morir también, para reunirme con vos... en ese cielo... que sirve de trono... al Dios omnipotente... de mis padres!...

ADRI. ¡Djalma! ¡Djalma!... ¡Mi amor!...

PRÍNCI. ¡Adriana!... ¡Mi... bien!... Se anubla... mi... vista... junto a mi pecho... que... recojan... tus... labios mi... postrer... suspiro...

ADRI. ¡Oh! ¡Djalma mío!... ¡Espera... no mueras aún!... ¡Djalma! ¡Esposo mío!

PRÍNCI. Adriana... ¡Te... a... do... ro!... (Muere.)

ADRI. ¡No! ¡No!... ¡Todavía no... Aguarda, amor mío!... ¡Djalma!... ¡Mi bien!...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DAGOBERTO por el foro.

DAGO. ¡Ah!... ¡Os encuentro por fin, señora condesa!... ¡Ha sido una intriga infame!... La carta del mariscal era falsa, y...

ADRI. ¡Callad, amigo mío!... ¡Respetad el cadáver del príncipe... mi primo!...

DAGO. ¿Otro descendiente de los Rennepont?

ADRI. ¡Sí!... Esa gente negra es implacable en sus venganzas!... ¡Ved!... ¡Muerto!...

DAGO. ¡Gran Dios!... ¡Qué cúmulo de crímenes! Y las niñas... mis hijas!...

ADRI. ¡Agonizantes... en el hospital del Hotel Dieu, víctimas de la peste! ¡Vuestro hijo, encarcelado!

DAGO. ¡Bondad divina!... ¿Qué decís?... ¡Esto es monstruoso!... ¡Horrible!... ¡Dios! Si es que existes, ¿cómo consientes tanta infamia?...

ADRI. ¡Dagoberto... amigo mío! ¿Para qué quiero la vida?

DAGO. ¿Vos?... ¿También vos?...

ADRI. ¡Le amaba!... ¡No podría vivir sin él!... ¡Tomad!... (Sacando un pliego del cajón de un mueble.) Ahí tenéis mi testamento.

DAGO. ¡Pero vos no moriréis!

ADRI. ¡Escuchad! ¡Mi tía está afiliada a la banda negra!... ¡Que este documento no llegue a sus manos!... ¡Que mis riquezas consuelen los hogares de los pobres!... ¡Tomad!...

DAGO. Pero si es imposible... si vos...

ADRI. ¡Y ahora... huid... amigo mío... ¡La justicia de los hombres no es siempre justa!... Si os encontraran aquí os acusarían de crímenes que no habéis cometido...

DAGO. ¡Adriana! (De rodillas, llorando.)

ADRI. ¡Dagoberto, amigo mío... Vengad su muerte... ¡Vengadnos!...

DAGO. ¡Sí! ¡Yo lo juro ante su cadáver!... Hasta ahora consagré mi vida a la familia Rennepont... ¡Juro que desde hoy viviré sólo para la venganza!...

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEXTO

ACTO SÉPTIMO

Habitación de la calle de San Francisco. Gran chimenea al foro. Frente a la chimenea, una mesa antigua de nogal con muchos libros y papeles. En uno de los costados laterales un gran armario con caja de caudales dentro.

ESCENA PRIMERA

SAMUEL, BETSABÉ; ésta dictando, y el primero escribiendo en un gran libro. Todo antiguo. Un velón colocado encima de la mesa alumbra la escena.

SAM. «Además, cinco mil metálicas de Austria de mil florines, el trece de octubre de mil ochocientos veintiséis». ¿Es eso, Betsabé? ¿Has comparado el cuaderno? (Viéndola llorar.) ¿Qué tienes? ¡Dios mío! ¿Qué te pasa?

BET. Que esa fecha es la de la muerte de nuestro hijo Abel. ¿Te acuerdas?

SAM. ¡Sí, esposa mía!... ¡Pobre hijo!

BET. ¡Ese, ese día nos escribió por última vez, cuando iba a dirigirse a Polonia!

SAM. ¡Y allí halló la muerte de un mártir, condenado al terrible suplicio del knout, sin querer oir su declaración! ¡Terribles países aquellos en que impera la tiranía del más fuerte!...

BET. ¡Mi pobre Abel! ¡Tan noble! ¡Tan leal, muerto a latigazos por el verdugo!

SAM. ¡Acaso su muerte la haya dispuesto el cielo,

para que con nosotros acabe nuestra raza! ¿De qué serviría, después de cumplida la misión impuesta de padres a hijos, hace ciento cincuenta años, y que acaba el trece de febrero de mil ochocientos treinta y dos?

BET. ¡Es verdad, esposo!... ¡Tres generaciones siendo fieles a un juramento!

SAM. A un juramento de gratitud, y de padres a hijos hemos venerado la memoria del conde Mario de Rennepont, que en mil seiscientos setenta salvó de la hoguera a nuestro antepasado Isaac Samuel, condenado por la Inquisición portuguesa. El caballero pertenecía a la religión reformada, y le fueron confiscados todos sus bienes, que fueron concedidos a la Compañía de Jesús. De su inmensa fortuna sólo pudo salvar Mr. Mario Rennepont la suma de ciento cincuenta mil francos, que confió a nuestro bisabuelo, para que la negociara nuestra famiiia de padres a hijos hasta que terminara el plazo de ciento cincuenta años.

BET. ¡Plazo que fine mañana!

SAM. ¡Así es! Y sus descendientes podrán retirar de esa caja que ves ahí la cantidad de doscientos doce millones ciento setenta y cinco mil francos, en que se han convertido los ciento cincuenta mil por medio del ahorro y del interés compuesto durante siglo y medio.

BET. ¡Es increíble! ¡Sabía que tenías en tu poder valores inmensos, pero nunca hubiera creído que llegase a tanto!

SAM. Y es cierto, Betsabé, pues todo el mundo sabe que en catorce años se dobla un capital por la sola acumulación de intereses al cinco por ciento. De suerte que, a no haber mediado algunas quiebras en tan dilatado tiempo, ascendería hoy a doscientos veinticinco millones.

BET. ¡Dios mío! ¡Qué admirables cosas podrían

hacerse por medio de esa acumulación tan sencilla!

SAM. Y eso fué, sin duda, lo que se propuso el fundador de ese cuantioso legado.

BET. ¡Quiera Dios que sus descendientes sean dignos de esa inmensa fortuna y que sepan emplearla en bien de la triste humanidad! ¡Quiéralo Dios!...

SAM. Vamos, Betsabé. Terminado el balance, pongamos en orden estos documentos, y esperemos a que amanezca el día, que quiera el cielo sea de dicha para todos! (**Guarda en el armario los papeles y libros. Betsabé va a apagar la lumbre.**) ¡No! No apagues la lumbre. ¡Velaré hasta el alba! ¡No podría pegar los ojos! (**Llaman.**)

BET. ¿Han llamado, Samuel?

SAM. ¿Quién será, a estas horas? (**Llaman.**)

BET. ¡Samuel! ¡Tengo miedo! ¡Ese dinero!... ¡Esa fabulosa suma! Si acaso...

SAM. ¡Nada temas!... Yo veré quién es. (**Enciende un farolillo, saca del armario un par de pistolas y las guarda debajo del sayo que viste. Poco después entra acompañado de Dagoberto.**)

ESCENA ÚLTIMA

DAGOBERTO, SAMUEL y BETSABE

SAM. ¡Entrad, entrad, buen amigo, y decidme qué necesitáis de mí!

DAGO. ¡Buenas noches! (**Indica a Betsabé.**)

SAM. ¡Podéis hablar: es mi esposa y no he tenido para ella secretos jamás!

DAGO. Pues bien: noble anciano: yo vengo a... ¡no sé cómo empezar, porque me embarga la pena, y las lágrimas acuden a mis ojos!... ¡Pobres niñas!...

SAM. ¡Calmaos, buen hombre, y decid!

DAGO. Acaso os parezca extraña mi visita, pero

como las medallas indican la calle de San Francisco, número tres, no sé si...

SAM. ¿Las medallas? ¡Sí! Aquí es... hablad! ¿Seréis, acaso, uno de los herederos del conde Mario de Rennepont?

DAGO. ¡Los herederos!... De cuatro de ellos sé yo que han muerto asesinados.

SAM. ¿Asesinados?

BET. ¿Qué decís?

SAM. ¿Y por quién?

DAGO. ¡Por los sectarios de esa asociación tenebrosa que se llama hija de San Ignacio!

SAM. ¡Ah! ¿La que condenó al conde Mario?

DAGO. ¡Yo no sé de eso!... Pero sí que ha llevado a la muerte a dos infelices niñas, ¡dos ángeles que eran mi consuelo! También a la mejor de las damas y al más noble de los príncipes.

SAM. Y eran todos ellos...

DAGO. ¡Herederos de los que habéis nombrado! ¡Ah, infames! ¿Qué me importaban la pobreza y el destierro con tal de que vivieran mis hijas?

SAM. ¿Vuestras hijas?

DAGO. ¡Perdonad! Las llamo así porque las he visto nacer. ¡Su padre es el general Simón!

BET. ¿El general?

DAGO. ¡Sí, señora!... (Pausa. Llora.)

SAM. (¡A través de los siglos, su odio persigue aún a los descendientes del conde Mario! ¡Infernal asociación!) Y bien: ¿qué queréis de mí? ¡Hablad! Vuestro semblante honrado, la leal mirada de vuestros ojos, me inclinan a fiarme de vos. Decid: ¿qué queréis de mí?

DAGO. ¡Quería pediros que me ocultarais en vuestra casa! ¿Qué sé yo? ¡Que buscarais un medio para que yo pudiera asistir al acto que mañana se va a celebrar aquí!... No dudo que esos hombres concurrirán para recoger el precio de tanta infamia. No tengo otro medio de conocerlos, ¡y yo os ruego, por

lo que más améis, que me pongáis al paso de esas gentes a quienes necesito exterminar! ¡Hacer que caiga sobre su cabeza todo el peso de la justicia humana, ya que la justicia divina no toma a su cargo ese castigo!

SAM. ¡Cesad! ¡Cesad, buen hombre! ¡No estáis en vos, y jamás ha sido el odio buen consejero!... En cuanto a mí...

DAGO. ¡Por lo que más améis!... ¡Por vuestros hijos!...

BET. ¡Hijo mío!... ¡También él fué sacrificado injustamente!

DAGO. ¡Pues yo apelo a su memoria para que me permitáis que yo descubra a los asesinos de mis niñas! ¡Concedédmelo y besaré vuestros pies! ¡Os bendeciré toda mi vida!... ¡Acceded, por caridad! (**Pausa.**)

SAM. Pues bien... sí... ¡sea!... ¡Asistiréis a la apertura del testamento! No sé si el conde Mario, desde el cielo, reprobará mi acción...

DAGO. ¡No; no temáis! ¡Antes la bendecirá, pues al cabo es su sangre la que quiero vengar! ¿Entonces?...

SAM. Volved de madrugada y permaneceréis en esta casa hasta la hora en que asista el notario.

DAGO. ¡Ah! ¡Os deberé más que la vida!... ¡Os deberé... la paz de mi alma!

SAM. ¡Quiera Dios que no la compréis a costa de terribles remordimientos!

DAGO. ¡Blanca! ¡Rosa!... ¡Hijas mías!... ¡Rogad a Dios porque luzca mañana el sol de la justicia!...

TELÓN

FIN DEL ACTO SÉPTIMO

ACTO OCTAVO

CUADRO PRIMERO

Telón corto, salón severamente adornado. Puertas laterales. Mesa al centro, con papeles, tintero, etc. Sillones de vaqueta. Velón de cuatro mecheros encima de la mesa.

ESCENA PRIMERA

RODÍN y UN CRIADO

ROD. ¿El señor abate, no ha llegado aún?

CRI. ¡No, señor Rodín!... No ha venido nadie.

ROD. ¡Dentro de un momento estará aquí el secretario del cardenal Malipieri, a quien introduciréis en esta habitación, lo mismo que al señor abate!

CRI. ¡Está bien, señor!

ROD. ¡Salid, y cuando llame conduciréis aquí al hombre que ha venido conmigo y ha quedado en la antesala!

CRI. Se hará así, señor. (Mutis foro.)

ROD. (Coge de la mesa un sobre grande, mira si alguien observa, y sacando unos papeles del ancho levitón los encierra en el sobre, y dice mientras tanto:) ¡Hemos llegado ya al principio del fin, y es necesario ir quitando estorbos de mi camino!... ¡Lleguen a tiempo estas cartas a manos del procurador del rey, y el maldito abate d'Ai-

grigny, acusado del delito de alta traición, abandonará la empresa! (Muy marcado.) Es esta una lucha de astucia y ambición, y es preciso terminar.

CRI. ¿Llamabais? (Sale con un embozado.)

ROD. ¡Esto, donde sabéis, y al momento! Con vuestra vida me respondéis de que llegue a su destino! (Se marcha.) Y ahora, a prepararlo todo para mañana! ¡Por fin veré lucir el día de mi victoria!

CRI. ¡Señor! Acaban de llegar.

ROD. Introdúcelos, y... (Recomendando silencio.)

CRI. ¡Descuidad!

ESCENA II

RODÍN, EL ABATE y SECRETARIO DEL CARDENAL

ROD. ¡Mis queridos señores!

ABATE ¡Entrad, monseñor!

SEC. ¡Padre Rodín! Tengo el honor de saludaros.

ROD. Y yo el de ponerme a las ordenes de vuestra eminencia.

ABATE Sentémonos si gustáis, señor.

SEC. ¿Supongo habréis recibido una comunicación del cardenal Malipiere anunciándoos el motivo de mi venida?

ROD. Sí, eminencia. Para poneros al corriente del estado en que se halla el asunto de la familia Rennepont.

SEC. ¿Sigue siendo favorable?

ABATE ¡En absoluto!... Se ha conseguido que...

ROD. ¡Perdonad, señor! «He conseguido» que mañana (El abate palidece) cuando se derribe la puerta que ha estado tapiada durante ciento cincuenta años, la inmensa fortuna de esa familia hereje pase a nuestro poder, siendo su único heredero el Padre Gabriel de Rennepont.

SEC. ¡Ah! ¿Vos?

ROD. ¡Sí!... ¡yo!... ¡Yo solo!... ¡La cooperación del señor abate empezará esta noche!

ABATE ¡Es verdad!

SEC. ¿Y los seis herederos restantes?

ROD. ¡Han muerto, señor! Desgracias que el cielo envía, y...

SEC. (Sonriendo.) ¡Comprendo! Traigo desde Roma la nota depositada en nuestro archivo en 1682. En ella se lee el orden que se ha seguido durante siglo y medio para no perder de vista a los descendientes de Mario Rennepont, que son en la actualidad...

ROD. Ya he tenido el honor de decir a vuestra eminencia que no resta de ellos más que el padre misionero jesuíta Gabriel: ¡sus primos Mr. Hardy, Adriana de Cardoville, Santiago Rennepont, Blanca y Rosa y el príncipe indio Djalma... han muerto, señor!

SEC. ¿Pero... violentamente? (Inquieto.)

ROD. ¡Ah!... ¡Monseñor!... ¡Víctimas de... accidentes fatales que nadie pudo prever... y así lo ha apreciado la justicia en sus averiguaciones!...

ABATE ¡Es una desgracia irremediable!

SEC. ¡Que Dios tenga en el cielo a esos infelices!

ROD. ¡Amén! Ahora, eminencia, falta sólo que el señor abate se encargue de hacer valer su ascendiente para con el único heredero de los Rennepont, a fin de que éste haga a la Compañía una donación en vida, pues de otra suerte...

ABATE ¡La hará!

SEC. ¿Estáis seguro, señor abate?... Ved que en Roma se han recibido informes acerca del padre Gabriel, y en ellos se le pinta poco menos que como protestante...

ABATE ¡Sí! Algo hay de ello; pero ¡nada temáis! ¡Es la nobleza y la candidez suma!

ESCENA III

Dichos. UN CRIADO; luego GABRIEL

CRI. ¡El padre Gabriel! (Anunciando.)

ROD. ¡Que pase al momento! (Después de preguntar al Secretario con la mirada.)

GAB. ¡Padre mío! ¡Eminencia! (Les besa la mano.)

ABATE Os halláis ante el secretario del Cardenal Malipieri, hijo mío, el cual viene por vos desde Roma.

GAB. ¿Por mí? (Asombrado.)

SEC. A causa de los informes que acerca de vuestra conducta se han recibido.

GAB. ¿Qué decís, señor? (Aterrado.)

SEC. Acercaos y tomad asiento, querido compañero. ¡Ahora, escuchad! Se nos ha dicho que al ocupar por voluntad vuestra el curato de una aldea próxima a París habéis cometido algunos actos contra la religión católica, apostólica, romana. ¿Es esto cierto?

GAB. ¡Jamás, señor, he olvidado mi sagrado ministerio! ¡Lo juro en Dios!

SEC. Vamos a verlo. Decid: ¿es cierto que administrasteis los auxilios religiosos a un habitante de vuestra parroquia que murió en la impenitencia más detestable, pues se había suicidado?

GAB. Le administré los últimos auxilios porque, a causa de su acción, culpable a los ojos de Dios, necesitaba más que nadie las oraciones de la Iglesia. ¡El infeliz murió, y durante toda aquella noche imploré para él la misericordia divina! (Asombro en todos.)

SEC. ¿Habéis rehusado admitir para vuestra iglesia vasos sagrados de plata y otros adornos preciosos que una de vuestras ovejas, movida de su fervor religioso, quería regalaros?

GAB. Me he negado a admitir esos ricos objetos, porque la casa del Señor debe ser siempre

humilde y sin lujo, para recordar continuamente a los fieles que el divino redentor nació en un pesebre, aconsejando a aquella buena mujer que empleara aquel dinero en limosnas y asegurándole que a los ojos del Señor nada hay más grato que la caridad.

SEC. ¿Pero ignoráis, desgraciado, que esa es una amarga y violenta diatriba contra el ornato de los templos, y que os declarabais con ello en abierta oposición con nuestras ordenanzas?

GAB. Obré con arreglo a mi conciencia.

ROD. ¿Es cierto que habéis cobijado en vuestro presbiterio, y cuidado durante algunos días, a un habitante de la aldea que pertenecía a la comunión protestante, y que olvidasteis vuestros deberes hasta el punto de enterrar a aquel herético en tierra sagrada?

GAB. Uno de mis hermanos se hallaba sin asilo, toda su vida había sido honrado y laborioso; anciano ya, faltábanle las fuerzas para trabajar: ¡recogí a aquel anciano en mi casa y le consolé en sus últimos momentos! ¡Al exhalar su postrimer aliento no pronunció una sola queja contra su suerte: encomendóse a Dios, besó piadosamente el crucifijo, y su alma, sencilla y pura, se exhaló en el seno del Criador. Cerré sus párpados con respeto, enterrélo yo mismo, rogué por él, y, aunque muerto en la fe protestante, le juzgué digno de entrar en el campo del reposo...

SEC. ¿Olvidasteis que no puede haber salvación sin seguir la senda de la Iglesia?

GAB. **(Indignado.)** Dispensadme, monseñor; mas mi opinión es que no puede haber salvación sin seguir la senda de la honradez y de la virtud. **(Gran espectación.)**

SEC. Abate Gabriel, vuestras máximas pueden acarrearos sendos disgustos...

GAB. Los sufriré con resignación...

SEC. Vos predicáis la virtud, el trabajo, el sufrimiento.

GAB. Lo primero que habéis dicho sí..., jamás lo último: el hombre no nació para sufrir: Dios, cuya suprema esencia es bondad paternal, no se deleita en los dolores de las criaturas, que creó para que se amasen y fuesen felices en este mundo... ¡Esa ha sido mi creencia desde que tengo uso de razón!

SEC. Entonces... ¿cómo solicitasteis entrar en la Compañía? ¿Cómo quisisteis ordenaros?

GAB. ¡No lo solicité, señor!... ¡Fué obra del abate d'Aigrigny!

ABATE ¡Cuidad de lo que afirmáis!... Fuisteis ordenado conforme a los deseos de vuestra madre adoptiva Francisca Baudín.

GAB. ¡Francisca Baudín no abrigó jamás semejante idea! ¡Ambos hemos sido engañados, y así me lo manifestó ayer mismo!

ABATE Según eso, Gabriel, dais mayor crédito a lo afirmado por esa mujer que a lo...

GAB. ¡Oh! ¡Callad! ¡Callad!... Aquella santa mujer que me recogió siendo un niño, que ha sido para mí más que una madre, que ha sufrido mil penalidades por mí, no puede mentir... ¡No! no miente.

ABATE ¿Luego suponéis que yo?...

GAB. ¡Sí!... ¿a qué negarlo?... Por esta razón, al verme en una atmósfera viciosa y malsana, he consultado los casuistas de la Orden... ese libro que desconocen la mitad de los ordenados en nuestra Compañía... y aquella lectura ha sido para mí una tremenda revelación; allí se excusa, se justifica, el robo, la calumnia, la violación, el adulterio, el asesinato, el regicidio... ¿Es esa la religión que enseñó el crucificado?... ¡Ah, no!... ¡Cuando me di cuenta de que yo, sacerdote de un Dios de caridad, justicia, perdón y amor pertenecía a una compañía cuyos jefes profesaban semejantes doctrinas, hice ante Dios

el juramento de romper para siempre los lazos que a ella me unen!...

SEC. ¿Qué decís? (Estupefacción en todos.)

GAB. ¡Que es necesario que me devolváis mi libertad y me absolváis de mi juramento! ¡Necesito huir de un ambiente que me ahoga! que me anonada!

SEC. Pensad que lo que han escrito nuestros casuistas, y que, según los profanos, no es otra cosa que la Mónita secreta de la Compañía de Jesús, se refiere a casos extremos en que de uno de esos crímenes, según vos les llamáis, puede depender la vida o la seguridad de la Orden!

GAB. ¿Y vosotros defendéis esas enormidades, y os llamáis ministros del Señor?... ¿Cuándo las autorizó el divino maestro, El, que murió en una cruz por salvar a la humanidad? ¿Cuándo quiso que al amparo de su nombre se cometieran nefandos crímenes? ¡Relevadme de mi juramento, monseñor; desatad los lazos que a la Compañía me unen!... ¡Quiero ser ministro de un Dios de bondad, no de ese Dios que os habéis forjado para encubrir tamaños crímenes!

SEC. ¡Reflexionad!

GAB. ¡Lo he pensado todo! ¡lo he reflexionado todo!... ¡Libre de la cadena que a vosotros me une, viviré feliz y tranquilo en una apartada aldea, ejerciendo la caridad entre las gentes sencillas y enseñándoles las puras máximas del Evangelio! ¡Seré un siervo de Dios, no un azote de la humanidad!... ¡Practicaré el divino precepto: «Amaos los unos a los otros»... ese precepto que vosotros desconocéis!... (Pausa.)

ABATE ¡Creo comprender lo que ha motivado esa resolución, y veo que sólo os guía el egoísmo! Vuestra madre adoptiva os enteró de que acaso estéis próximo a entrar en posesión de una herencia cuyo valor se ignora, y vos preferís...

GAB. ¡Padre mío, me horrorizáis!... ¿Cómo podéis suponer que esa idea egoísta...? ¡Vuestras palabras me demuestran que vos, en mi caso, fuerais capaz de esa acción indigna, y eso me entristece, me anonada...! ¡Yo, que os había respetado siempre!... ¡Que os creía un modelo de virtudes!... (**Pausa.**) Mi madre adoptiva nada me ha revelado, y nada sé de cuanto decís: pero no olvidéis que aun cuando se tratara de la herencia digna de un monarca, jamás vendería mi honor y mi conciencia cristiana; y si esa herencia existe desde ahora renuncio a ella... ¿lo oís?... ¡renuncio a ella solemnemente a cambio de la paz de mi corazón!

LOS TRES SEC. ¡Ah! (**Con satisfacción.**)

¡Hijo mío! ¡Esa extraña exaltación pasará! Volveréis en vos; os convenceréis de vuestras erroneas opiniones y seguiréis...

GAB. ¡No! ¡no! ¡Mi resolución está tomada! A los doce años, sencillo, inocente, entré en vuestra orden; nada sabía; sentí después la vocación por el estado eclesiástico; lo he ejersido noblemente, y seguiré ejerciéndolo del mismo modo; pero en contacto con la cura de almas, siendo el apoyo del humilde, el consuelo del desvalido, el sostén del desgraciado; entendedlo bien; luchando en unión de esos pobres sacerdotes que difunden la luz divina por medio de la persuación; de la mansedumbre; de la caridad; pero encubrir con el sagrado manto de la religión el dolo, el robo, la expoliación y el asesinato! ¡Jamás!.. ¡jamás!... ¡jamás!... ¡Antes el sacrificio!... ¡Antes la muerte!... (**Se va rápidamente.**)

ESCENA ÚLTIMA

RODÍN, EL SECRETARIO y EL ABATE

SEC. ¡Ya habéis oído!...

ROD. ¡Sí, eminencia!...

SEC. Y ¿qué opináis?

ROD. Opino, señor, que el abate d'Aigrigny debe ir inmediatamente en busca de ese insensato, y, aguijando esas estúpidas ideas de honor y magnanimidad de que ha hecho gala, convencerle de que antes de separarse de la Compañía debe hacer donación intervivos de la herencia que pueda corresponderle. ¡Lo hará; no lo dudéis! Es un niño que vive en las sublimes regiones del ideal, y antes de que se sospeche en él una idea mezquina, se someterá a todo. ¡Son la inocencia personificada esos románticos, todo corazón!

SEC. ¡Ya lo oís! (Al Abate.)

ABATE ¡Lo haré así!... Aun creo conservar sobre él el ascendiente necesario para...

SEC. ¡Id! ¡No tardéis! (Vase el Abate.) Sin embargo... Más tarde, ¿no será ese loco un peligro para nosotros?

ROD. ¡Nada temáis!... Conocido el testamento... desaparecerá el último vástago de la familia Rennepont.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Gran salón en la casa de la calle de San Francisco. Dos retratos de cuerpo entero, de la época de Luis XIV, de una dama y un caballero. Muebles de aquella época. Mesa blasonada al centro. Cortinajes en las puertas del fondo y laterales. En uno de los ángulos, un bargueño o arquimesa. En otro, una chimenea encendida con mucha lumbre.

ESCENA PRIMERA

DAGOBERTO y SAMUEL

SAM. ¡Entrad, entrad! Este es el salón rojo, cuya comunicación tapiada acaba de derribarse, y aquí debe darse lectura al testamento.

DAGO. ¡Gran Dios! ¿Ese retrato?

SAM. Es el del conde Mario de Rennepont, según indica el plano que guardo con el mandato del legatario.

DAGO. ¡Qué parecido con el general Simón; con el padre de mis pobres niñas Blanca y Rosa!

SAM. Ya sabéis a cuanto asciende la herencia del conde Mario; os lo he contado todo, y espero que me ayudaréis a que ese legado no caiga en manos de los eternos enemigos del conde.

DAGO. ¿Si os ayudaré, decís?... No veis que sólo aliento para vengar a las inocentes víctimas sacrificadas a la saña de esos hombres terribles? ¿Y Gabriel?... ¿Habrá sido también víctima de sus asechanzas?

SAM. Pronto lo sabremos. Por mi parte, seré fiel al mandato expreso de la nota secreta que iba unida al testamento, y la cual habéis visto.

DAGO. ¡Sí; es verdad! ¡La voluntad de los muertos es sagrada!

SAM. En cuanto a vos, ocultaos entre esos cortinajes, y obrad en consecuencia de lo que aquí suceda. Ignoro cuantos serán los herederos que concurran al solemne acto, pero, sea como sea, no dudéis de que cumpliré con mi deber.

DAGO. ¡Y yo con el mío!

SAM. ¡Llegan! ¡Ocultaos! (Dagoberto se oculta entre los cortinajes de la puerta del foro.)

ESCENA II

SAMUEL; BETSABÉ, EL ESCRIBANO, RODÍN, EL ABATE y GABRIEL, por la 1.ª derecha.

BET. ¡Entrad, señores, entrad! ¡Mi marido os espera y todo está dispuesto para el acto!

ROD. ¡Gracias!... ¡Señor escribano, sentaos y cumplid vuestra misión! ¡Señores, tomad asiento!

ABATE (A Gabriel.) ¡Vos... a mi lado, querido hijo!

GAB. ¡Como queráis, padre mío!

ABATE Tenéis un corazón de ángel, Gabriel, y ya no me cabe duda, después del acto llevado a cabo por vos, de que vuestras ideas son puras y desinteresadas, aunque erróneas, respecto a la Compañía!

GAB. ¡Os ruego que no insistáis! ¡Mi resolución está tomada! (Se sientan todos.)

ROD. (Dan las diez.) ¡Las diez! Podéis empezar, señor escribano.

ESC. (Leyendo.) «En el nombre de Dios, trino y uno: el trece de febrero de mil ochocientos treinta y dos se llevará mi testamento a la calle de San Francisco, número tres; a las diez en punto se dará a conocer a mis herederos, quienes, reunidos en París algunos días antes en espera de este día, habrán tenido tiempo para legalizar las pruebas de filiación. Reunidos, se les manifestará mis disposiciones en beneficio de los que, según mi encargo, se hayan presentado en persona, y no por medio de apoderados, el dicho trece de febrero en la calle de San Francisco: Firmado: Mario, conde de Rennepont.»

ROD. Está muy bien. Haced, pues, constar: Mr. Gabriel Francisco María de Rennepont, sacerdote, habiendo justificado por actas escrituradas su filiación paterna y su calidad de primo segundo del testador, y siendo hasta ahora el único de los descendientes de la familia Rennepont que ha comparecido:

puede considerársele como su legítimo y único heredero, pudiéndosele comunicar a cuanto asciende la cantidad que le corresponde.

SAM. Como gustéis. En este registro (**Entregándole un papel**) hallaréis el estado actual de las sumas que tengo en mi poder, y que ascienden, por efecto de la capitalización y acumulación, a doscientos doce millones, en que se han convertido los 50.000 francos confiados a mi abuelo por Mr. Mario de Rennepont hace ciento cincuenta años.

ABATE ¡Vuestro abuelo! ¿Entonces es vuestra familia la que ha manejado esa cantidad?

SAM. Sí, señor.

ABATE ¿Y es posible que ascienda a suma tan formidable? Os habréis equivocado...

SAM. Digo que tengo en caja doscientos doce millones de francos en valores nominales y al portador, y vais a cercioraros de ello.

ESC. ¡Ese hombre dice la verdad! Esa es la suma que consta en el registro, en valores al portador sobre los bancos de Francia e Inglaterra.

GAB. ¡Gran Dios! ¡Cuánto bien pudiera hacerse con tanto dinero!

DAGO. ¡Ah! (**Saliendo.** ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Miserables!

GAB. ¡Padre mío! ¿Vos? (**A sus brazos.**)

ESC. ¿Qué es eso?... ¿Quién es ese hombre?

ROD. ¡Condenación!...

ABATE ¡Cielos! ¡El hermano de armas del general! ¡Si me reconoce estoy perdido!

ESC. ¿Qué es eso? ¿Con que derecho venís a turbar la solemnidad de este acto?

DAGO. ¡Oh! ¡no cabe duda, no! Esa suma colosal es la que ha movido a esa gente a cometer una serie interminable de crímenes, de los cuales os acuso a vos (**A Rodin.**) en primer término.

ROD. ¡Buen hombre! ¡Ved lo que decís! ¡Y no de-

béis olvidar que en Francia existen tribunales de justicia!

DAGO. ¡Tribunales!... ¡Malvado!

ROD. ¿Dónde están las pruebas de vuestras acusaciones? ¡Presentadlas o seré yo quien os denuncie a la justicia por calumniador!

DAGO. ¡Sí! ¡Tenéis razón!... Presentar pruebas. ¡Infame!... ¡Ya sabéis que esto es imposible, porque vuestro talento infernal no deja rastro de los crímenes que comete!... ¡Pero no importa!... ¡Gabriel!... ¡Hijo mío! Dueño tú de esa fortuna inmensa, con ella aniquilaremos esa tenebrosa asociación que ha venido causando durante siglo y medio la desgracia de tu familia!

GAB. ¡Imposible, padre mío!... ¡Esa fortuna no me pertenece! ¡He hecho donación de ella al abate marqués d'Aigrigny!

DAGO. ¡El!... ¡Tú!... traidor infame, que entregaste a mi capitán en la campaña de Rusia, pasándote al ejército enemigo! ¡Miserable!

ESC. ¿Qué decís?...

ABATE. ¡Esa es una infame impostura!

DAGO. ¿Y tendréis la audacia de negar?

BET. ¡Señores!... ¡Un comisario de policía pretende entrar con sus agentes!

ROD. ¡Un comisario!... ¡Haced que pase! ¡Y ahora veremos si os atrevéis a sostener delante de él vuestras acusaciones!

GAB. ¡Padre mío! ¡Sed prudente! ¡Una acusación sin pruebas puede conduciros a galeras!

DAGO. ¡Ah! (Asustado.)

ESCENA III

Dichos y UN COMISARIO

COM. (A los agentes.) Guardad las puertas, y que no se permita a nadie la salida. ¡Señores, perdonad si los deberes de mi cargo me obligan a interrumpiros!

ESC. ¿Qué deseáis?

COM. (Sacando un papel.) El señor abate Federico d'Aigrigny?

ABATE ¿Qué significa...?

COM. ¿Fuisteis en otro tiempo coronel de húsares?

ABATE ¡No puedo negarlo!

COM. ¡Entonces, daos a prisión!

ABATE ¿A prisión... yo?... ¿Y de qué se me acusa?

COM. ¡De traidor a la patria; y de ello existen pruebas fehacientes!

ABATE ¡Ah! (Viendo la risa de Rodín.) ¡Miserable! ¡Me habéis vendido!...

GAB. ¿De manera que era cierto?

DAGO. ¡Sí, hijo mío!... ¡Ese hombre fué la causa del cautiverio de mi capitán, que es hoy mariscal de Francia, y motivó la pérdida de una parte del ejército francés.

GAB. ¡Cuánta infamia, Señor!

COM. ¡Pasad delante! (Al Abate.)

ABATE ¡Perdido! ¡Perdido sin remedio! ¡Ah! (A Rodín.) ¡Maldito seáis mil veces! (Aparte.)

ROD. ¡Ja, ja! Señor escribano: ya que al señor abate le reclama la justicia, aunque creo que injustamente, mientras recobra su libertad, yo, Desiderio Rodín, representante y miembro de la Compañía de Jesús, reclamo que se me entregue esa herencia, según el acta de donación que ha presentado el abate y que vos mismo redactasteis ayer noche.

SAM. Pero... ¿es esto cierto?

ESC. ¡Yo mismo la extendí, y apelo al testimonio del abate Gabriel, que la firmó en calidad de donante!

DAGO. ¡Habla, Gabriel... hijo mío!...

GAB. ¡Es verdad! (Samuel saca un fajo de papeles de la caja.)

DAGO. ¡Condenación!... ¿Y esos infames, no sólo robarán a los menesterosos esa inmensa fortuna, sino que ella servirá para la prosecución de sus ominosos planes?

ROD. ¡Descuidad, buen hombre! Ese dinero...

SAM. Ese dinero, cumpliendo la última voluntad

del conde Mario de Rennepont, será destruído por mí antes de que pase a manos de sus encarnizados enemigos! ¡Ved! (Arroja los papeles a las llamas.)

ROD. ¡Desgraciado! ¿Qué habéis hecho?... ¡Esto es un robo! ¡Un robo infame!

SAM. ¡He cumplido el mandato de vuestra víctima! ¡De aquel santo hombre que salvó a mi abuelo de la hoguera, y a cuyos descendientes habéis aniquilado!

ROD. ¡Condenación eterna! (Fuera de sí.)

DAGO. ¡Condenado, sí! ¡Pero ese castigo no basta!.. ¡Tus crímenes sólo se pagan con sangre, y yo vengaré en la tuya la de aquéllos a quienes asesinaste. (Furioso dirigiéndose a él, Samuel se coloca en la primera derecha.)

GAB. ¡Por Dios! ¡Padre mío! (Conteniéndole.)

DAGO. ¡Déjame!... ¡Vas a morir, miserable!...

ROD. ¡Todavía no! (Saca una pistola, dispara contra él y va a huir por la primera derecha, donde se halla Samuel, el cual clava un puñal en su pecho.)

DAGO. ¡Ah! ¡Cobarde!

SAM. Muere, infame asesino (Le da una puñalada.)

RODÍN ¡Maldición! (Cae y muere.)

GAB. (Cayendo de rodillas.) ¡Justicia divina!

DAGO. ¡Hijas mías! ¡Ya estáis vengadas!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La ola gigante
3. El señor conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El Sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El rey Lear
30. Espectros
31. Las cigarras hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la con-
35. Aurora ciencia
36. Eva
37. El bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardena-
¡Justicia humana! les
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos fran-
48. El místico ceses
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores
70. Huyendo del nido
71. Nuestra Señora de París
72. Ana Karenine
73. Margarita de Borgoña
74. El soldado de chocolate
75. La máquina humana
76. El ladrón
77. El judío errante

3 0112 117471950

Precio: DOS pesetas